

VOLUMEN

48

Mario Briceño Iragorry

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Laura Febres



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Laura Febres

En 1977 egresa como Licenciada en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello. Comienza su labor docente en Educación Media en 1975 y continúa en la docencia universitaria. En 1987 se gradúa de Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea en la Universidad Simón Bolívar, recibiendo Mención de Honor por su tesis *Pedro Henríquez Ureña: Crítico de América*, publicada por La Casa de Bello. En 1990 fue ganadora de la beca Fulbright y ejerció la investigación en la Universidad de Yale.

En noviembre de 2000 recibe el título de Doctor en Historia Suma Cum Laude por la Universidad Católica Andrés Bello. El trabajo de tesis fue publicado por la Universidad Metropolitana con el título *La Historia en Mario Briceño-Iragorry* en enero de 2002.

En los últimos quince años ha sido docente a tiempo completo en el Departamento de Humanidades de la Universidad Metropolitana y en los últimos diez años ha formado parte de la Comisión Asesora de Investigación de la misma Institución. Entre otras ha dictado las cátedras de Lenguaje, Pensamiento Occidental y últimamente se desempeña como Profesora de Pensamiento Venezolano. Actualmente está reconocida como Miembro del Programa de Promoción del Investigador en Venezuela. Entre otras de sus publicaciones figuran: *Perspectivas críticas sobre la obra de Teresa de la Parra*, con dos ediciones; una recopilación de ensayos sobre Sor Juana Inés de la Cruz, diversos ensayos sobre el pensamiento de Mario Briceño-Iragorry y la llamada Generación del Centenario en Venezuela y en Hispanoamérica. Fue coordinadora académica del libro *Ramón J. Velásquez. Estudio sobre una trayectoria al servicio de Venezuela* y la Academia de la Historia de Venezuela en su Boletín 349 publicó su trabajo *El expolio del Obispo Mariano Martí y la riqueza colonial en la segunda mitad del siglo XVIII*. Su última compilación lleva el título *A Los Amigos invisibles. Visiones de Arturo Uslar Pietri*.

Ha difundido sus investigaciones en distintos congresos nacionales (Barquisimeto, Mérida, Trujillo, San Cristóbal, Caracas, Maturín) e internacionales en México, España, Uruguay, Colombia y Argentina.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Mario **Briceño-Iragorry**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Archivo Fundación Mario Briceño Iragorry
(portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf8920069205001

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-091-6

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Mario **Briceño- Iragorry**

(1897-1958)

Laura Febres

Orquídeas, turpiales **y** estrellas



Viajar, no ya sobre las nubes tornadizas, que mi madre me había enseñado a interpretar, cuando en las tardes íbamos al anchuroso huerto de la casa, para arrancar de las subidas bardas las encendidas orquídeas, que aún duraban como recuerdo de las monjas. Allí nos quedábamos sentados, sobre las grandes piedras del solar, mi madre y yo, entregados, ella a referirme historias cargadas de morales intenciones, yo, a divertirme con el lindo turpial que, amoroso, seguía la gran cauda de su blanca bata almidonada. Viajar a través de caminos nuevos era mi infantil anhelo (BIT.46)

Mario Briceño-Iragorri nació en Trujillo el 15 de septiembre de 1897. Su padre era Jesús Briceño Valero, su madre, María Iragorri de Briceño, sus hermanos vendrán después, Omar, Marco Antonio, Graziella y Leopoldo. Él mismo habla de su infancia y de los principales acontecimientos de ella. De algunos de esos hechos no tenía recuerdo inmediato, sin embargo, le fueron narrados por su abuela o por su madre, de quienes acostumbraba escuchar historias que luego expresará en muchos de sus trabajos. Esas historias se remontan a los tiempos coloniales cuando la figura de Sancho Briceño, el conquistador, se trasladó con Ambrosio Alfínger a Tierra Firme. Se destaca Briceño por interesar

a la Corona en el envío de congregaciones religiosas a Venezuela. Una hija de este conquistador se casó en 1571 con Lucas Mexía Vilches, alcalde de Trujillo, y de ellos procede la rama de Francisco Narváez, abuelo de Simón Bolívar. Por lo que la familia de Mario Briceño-Iragorrry estaba emparentada con la del Libertador. Tenía también el apellido, el obispo Alonso Briceño, quien pertenecía a la orden de San Francisco y murió en Trujillo, en cuya tumba se encontraba su escudo constituido por el águila explayada y las aspas de San Andrés, y también se veían en él las armas de los Briceño, cimadas por el capelo episcopal.

Briceño nos narra en *Mi infancia y mi pueblo* las historias de las iglesias trujillanas, mezcladas con las de sus parientes y con la suya propia. En ellas nos muestra lo tormentosa que resultó para su familia la anarquía política del siglo XIX, que propiciaba toda suerte de venganzas, como aquella historia de la torre incendiada de la Iglesia de la Chiquinquirá:

...acá la contienda de septiembre de 1899 fue de fieles trujillanos, divididos por feudales apertencias. Y aunque usted no lo crea, en aquella guerrita yo perdí mi ajuar. Imagine que los sitiadores de Trujillo resolvieron meterse en mi casa como si fuera la de ellos. Durante el día mis padres soportaron los huéspedes. Ya por la tarde, cuando ardía la torre, un generoso amigo vino a trasladarlos a lugar seguro (...) Durante la noche, la tropa se pilló lo que había en la modesta casa de mis padres y se llevó, como valioso botín, mis camisas y mis bragas. De modo pues que aun antes de tener uso de razón, ni siquiera el buen uso de las piernas, ya supe lo que son las guerras civiles y las venganzas a que se presta nuestra famosa política. En este caso debo decir a usted que a mi padre se cobraba una antigua querrela que con mi abuelo manteía el padre de uno de los sitiadores (BIT. 34).

Después de esta primera historia ocurrida a sus dos años, pasamos al momento cuando de cinco años ingresa en la escuela de primeras letras de don Eugenio Salas Ochoa y su esposa doña Ana, quien le enseña el alfabeto. Pasa luego a la democrática escuela del pueblo que había cambiado su nombre por el de Escuela Castro, en honor del gobernante de la Venezuela de su infancia, Cipriano Castro, el “Restau-

rador de la Patria”. Allí aprendería importantes enseñanzas sobre la realidad venezolana, como la caprichosa selección por el gobierno de los funcionarios públicos. Impregnaron su infancia la observación directa de la naturaleza y las distintas festividades que se celebraban en Trujillo: la Navidad con sus distintas expresiones, la fiesta del Enano de Kalenda, la visitas de pesebres, el Día de Reyes, el Niño Perdido, la Patrona de la Cofradía de la Paz, el 24 de enero, cuando se corrían toros y se quemaban lujosos arbolitos de fuego.

Así, llegamos a sus ocho años cuando la familia decide trasladarse al cercano pueblo de San Jacinto. Nos narra, entonces, la manera en que se enfrenta personalmente a la injusticia por primera vez porque el maestro lo condenó a estar una hora de rodillas a la puerta de la escuela, con una piedra en cada mano, pero también observa los raros personajes que deambulaban por este pueblo y disfruta de su naturaleza encantadora:

Vuelvo a la tierra para tomar firme el camino de San Jacinto. Diré a usted que si la visión panorámica del Trujillo interior es bastante pobre, en cambio las vegas que bordean el río Castán y los suaves declives del Vichu y de La Caldera, tienen encanto singular. Así el río familiar, como lo es la ciudad y lo son sus moradores. Su música es para ser oída de cerca, como la buena música de cámara (...). Jamás olvidaré la impresión que me causaron los extensos cañamelares florecidos que se abrían a la salida del pueblo, por el camino Río Arriba (BIT. 48).

A los diez años se muda a Maracaibo donde estudia en el Colegio San Andrés y junto con Edmundo Urdaneta hace su primer periódicoquillo –*Venus*–, del cual los niños copiaban diez números y lo vendían a cuartillo. En las vacaciones de agosto de 1908 su padre lo pone a trabajar en la imprenta del Estado en la cual se publicaba *El Paladín*.

En 1909 muere su padre y la familia regresa a Trujillo en duras condiciones económicas donde continúa estudiando en el Colegio de Varones de la ciudad. De la muerte de su padre nos deja este triste comentario:

No había llegado aún a los doce años y una tarde espantosa estaba arrodillado a la cabecera de su lecho de enfermo, yo vi morir a mi padre. Lo vi muerto, y sentí que algo más se me había muerto con él. De esa hora en adelante fui un niño triste, a quien faltaba el sabio guía que me enseñó a viajar por el mundo lejano de las estrellas. También éstas se me habían apagado, junto con la fe y con la alegría. Meses después regresaba a mi tierra nativa. Iba vestido de negro y vivía en un hogar donde, lejos de escucharse la risa, tenían cabal retablo todos los duelos.

Con acabarse mi infancia, acabaré para usted el pesado recuento de mis impresiones de niño. Además, no podría continuar la escritura porque estoy llorando (BIT. 55).

Con sus propias palabra concluye el relato de esta infancia dorada que terminó con el durísimo golpe de la muerte del padre. Esto le dará a la siguiente etapa, su juventud, una seriedad precoz pocas veces encontrada en un joven venezolano.

Una juventud **tormentosa**

Hasta la fecha me ha tocado desempeñar papeles secundarios, de comedia, en el tinglado de la vida y no tiene ninguna lógica la frase creadora de mundos con que se me distingue (...) puedo decir que muy conforme como me hallo con el sentido de dos adjetivos con que quise calificar la vida: "árida y estúpida", me parece estúpida y árida esta labor de querer cansar a un benévolo lector diciéndole cosas que él sabe, haciéndole ver simplezas, puras simplezas, con las cuales uno se propone vestir esta ilógica vida humana, igual en suma a la del alacrán o de la piedra. Vivir, porque sí o porque no; porque estamos vivos o porque no nos hemos muerto. Por ello en breves frases resumiré mi vida: nací y todavía vivo, lo que es lo mismo imitando a Don Quijote: aún hay sol en las bardas (RRM. 401-402, 1919)

Durante la etapa que se inicia en 1911, Briceño-Iragorry escribe un artículo que titula «La Historia» en el primer número de *Génesis*, hojita que publicaba junto con sus compañeros de clase entre los que se mencionan Jesús María Rosales Aranguren, Américo Valero y Carlos Briceño Altuve en el Colegio Santo Tomás de Aquino, bajo la tutela de Monseñor Mejía. En este periodo también forma parte del equipo redactor de algunas revistas como *Ariel* y *Juan Cristóbal* en Trujillo. «Pero

esa Historia –apunta MBI– esa grande Historia, de los romanos tiempos es parcial, así pues la única imparcial es la Biblia, que ya nos dice los triunfos del pueblo Judío, o de sus derrotas» (BOC, 17. 187, 1911).

Aunque esta opinión fue escrita por un joven de catorce años que sólo inicia su bachillerato, nos mostrará una actitud que se mantendrá constante a través de la vida de nuestro autor. Existen textos válidos y textos no válidos para la interpretación histórica. Los textos teológicos serán muy importantes para el conocimiento de ella.

Para el momento de esta cita, sus preferencias giraban en torno a la Biblia y aunque probablemente ésta no será abandonada sino por una pausa muy corta como libro de cabecera cuando, como lo expresa José Nucete Sardi, escribe “La falsa traición de Judas” (1918), que fue criticado por el mismo autor en un folleto titulado «La defensa de Caín», porque nuestro autor no mantenía allí posiciones muy ortodoxas con respecto a su fe cristiana posterior.

Sin embargo, a partir de 1912, Mario Briceño-Iragorry inicia sus visitas a Caracas, que comentaremos cuando hablemos de su relación con Isaías Medina Angarita, y en el año de 1914 regresa a Trujillo (BJC.138) donde con un grupo de jóvenes publica la revista *Ariel* en la cual, por el influjo de Nietzsche, entra en conflicto con su visión católica de la infancia que luego renacerá y volverá a mantenerse a todo lo largo de su vida. Este desorden juvenil puede ser ubicado cronológicamente entre los años 1915 a 1918. Sobre los libros de Nietzsche nos dice: “... que nos traen el aliento de vivir grande, que nos enseñan a amar la vida como un don inapreciable y que nos incitan, apartándonos del fango de la vulgaridad, a desear las cumbres. Entre esta segunda clase de libros se hallan encerrados los de Federico Nietzsche» (BOC, 13.168, 1915).

1918 es un año muy importante para su formación afectiva y profesional porque decide continuar en Mérida sus estudios de Derecho. Es invitado allí por el doctor Diego Carbonell, Rector de la Universidad de los Andes, a dictar en el Paraninfo una conferencia sobre los orígenes del arte. Mariano Picón Salas, con quien mantendrá una discusión

intelectual fecunda hasta el final de su vida, le presentará a su futura esposa, Josefina Picón Gabaldón. Según la cronología se inicia como docente en el Liceo Libertador de Mérida para el año 1919.

Alrededor del rector Diego Carbonell estarán todas las figuras progresistas de la intelectualidad que inician serias reformas en una ciudad tan apegada a los valores coloniales como era la Mérida de entonces:

...allí se vio en ágapes espléndidos, desde la solemne y austera figura del Ilustrísimo Monseñor Silva –de quien Carbonell guarda con gran veneración un Cristo de marfil– hasta la silenciosa y kempiana de Julio Sardi; desde la sonriente y suave de Don Tulio Febres Cordero hasta la integra y tribunicia de Don Ignacio Aranguren; desde la aristocrática del sabio y joven Rector del Seminario Conciliar, Doctor Dubuc, hasta la del Benjamín de la intelectualidad merideña, Mariano Picón Salas, uno de los talentos auténticos que sobresalen en la juventud venezolana y en cuyo desarrollo espiritual la presencia de Carbonell es marcadísima (RRM.117, 1920).

Más tarde, por el año 1943, Mario Briceño-Iragorry mantendrá lo siguiente sobre sus años formativos en la Universidad de Mérida en la presentación que hizo del doctor Diego Carbonell en la Academia de la Historia en Caracas: “Entre los jóvenes que corearon al Rector en su obra de agitación intelectual y de lucha contra lo que lucía como valores muertos, este servidor que os habla, tomado el espíritu de las doctrinas del positivismo, figuró en plaza delantera, que le atrajo censuras y le concitó las murmuraciones del poblado. Por ello, evocar la obra universitaria de Carbonell en Mérida significa para mí evocar la época más tormentosa de mi vida intelectual” (RRM.124).

Los dos hombres que Mario Briceño-Iragorry vincula con su nuevo regreso a la fe católica son también merideños, uno de ellos es Roberto Picón Lares y el otro Caracciolo Parra León. Del primero diría en su trabajo “Apuntes para un retrato de Roberto Picón Lares” que fue su profesor de Derecho Constitucional por poco tiempo, por lo que “Nos enseñó poco, pero nos mostró un camino.” Luego de esto seguiría siendo su maestro

con quien tuvo un contacto personal muy estrecho, tanto que: “El ejemplo de Roberto terminó por influir favorablemente en mi ánimo, y pasados los años, lejos ya de molestarle mis negaciones, compartimos lecturas místicas y miramos desde el mismo ángulo de la fe los problemas del mundo y de la vida. (...) Quizás pocas personas llegaron a conocer el fondo de mí mismo como Roberto Picón Lares” (RRM.218, 1952).

Con Caracciolo Parra León mantuvo una entrañable amistad que siguió un camino platónico, donde paulatinamente la relación iba adquiriendo un mayor grado de espiritualidad. Ambos tuvieron una experiencia de escolaridad común en la Universidad de Mérida y en los claustros de la Universidad de Caracas. Además, sentían una gran pasión hacia el estudio de los tiempos coloniales. Luego manifestaron una gran preocupación por los problemas sociales del país y coronó esta estrecha amistad su preocupación religiosa. En la descripción del amigo entrañable utiliza conceptos filosóficos provenientes de sus reflexiones. Caracciolo Parra León encarnaba en el mundo real algunas de las ideas que Briceño-Iragorry expresaba en su época gomecista: era la “coincidentia oppositorum” (BOC. 2, 37. 1940), ya que conjugaba en sí mismo la pasión y la fría razón. También Parra León era una persona destinada a construir con su personalidad una estatua perfecta: “Nació signado por el destino para labrar una estatua ejemplar y tomó como materia viva su propia personalidad” (Ibid. 37). Este modelo no podía quedarse sin proyección y trascendencia sino que debía servir de ejemplo a las nuevas generaciones, las cuales no tienen ejemplos a quienes imitar.

Además de la huella de Parra León en la personalidad de Briceño-Iragorry expresada en el epistolario que mantuvieron estos dos hombres, también la podemos conseguir en el trabajo *Trayectoria y Tránsito de Caracciolo Parra 1901-1939* de nuestro autor, escrito con motivo de la prematura muerte de su amigo.

La madurez **positivista**

*No se nos escapa que muy de otra manera piensen los teorizantes acostumbrados a acomodar las cosas según los principios de los textos, sin cuidar que en la Historia no dominan aquéllos, sino los **simples hechos** (BOC, 4. 82)*

Llamamos a este período la madurez positivista porque en él Mario Briceño-Iragorry tuvo una gran influencia de la intelectualidad que rodeaba al general Juan Vicente Gómez, elite muy adicta a las ideas de la filosofía positivista fundada por Augusto Comte (1798-1857) en Francia y propagada por Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst en Venezuela desde la Universidad guzmancista. El Positivismo en Venezuela continuó con su influjo en la élite gomecista entre cuyos representantes podemos citar a Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz, quienes influyeron notablemente en nuestro autor.

En 1921 Mario Briceño-Iragorry se radicó en Caracas y es nombrado, a pesar de su juventud, Secretario de la Cámara de Diputados del Congreso por recomendación de su tío político, Victorino Márquez Bustillos, Presidente Provisional de la República de Venezuela para esos años. Márquez Bustillos merece una nota aparte en este tra-

bajo, no tanto por su figuración en la política venezolana, que no puede ser discutida, sino porque era tío político del autor. Hasta el momento no poseemos una biografía completa de este personaje. Estuvo casado en primeras nupcias con Enriqueta Iragorry. El Dr. Márquez Bustillos, después de ser en 1911, 1912 y 1913 Gobernador del Distrito Federal, fue por algún tiempo (1913 y 1914) Ministro de Guerra y Marina mientras duró la interinaria de Gil Fortoul. Como Presidente Provisional estuvo hasta el 24 de junio de 1922 (PAT. 224).

El doctor Márquez Bustillos al principio de su vida política estuvo muy unido a los caudillos conservadores trujillanos Araujos y Baptistas. Fue Presidente del gran Estado de los Andes cuando el gobierno de Raimundo Andueza Palacio. Estos caudillos conservadores no lo respaldan para continuar en ese puesto durante los gobiernos de Andrade y Castro, circunstancia que lo motivó a desempeñar un papel clave en el desmantelamiento del parque de los caudillos trujillanos ya mencionados durante la época de Juan Vicente Gómez. Para conocer más a fondo la historia de los Araujos y Baptista remito al lector al libro *Tiempo de caudillos*, de Roberto Ventencourt citado en la bibliografía. Allí se afirma lo siguiente acerca de este problema entre los caudillos trujillanos y Márquez Bustillos: "...Baptista y Márquez estaban enemistados como consecuencia de errores cometidos en 1910 en la política regional trujillana" (VRT.29).

El cariño que sentía Mario Briceño-Iragorry por su tío Márquez Bustillos es expresado en carta del 4 de junio de 1928, presente en su epistolario: "Le he dicho que lo quiero y he procurado siempre demostrárselo a usted a cada ocasión. De usted tuve, cuando su alta posición oficial se lo permitió, apoyo moral y ayuda material, esto me obliga siempre..." (BOC,21.528). Esto nos da idea del apoyo que le prestó a Briceño-Iragorry para obtener y desempeñar los cargos que ejerció durante el mandato del general Gómez desde que se iniciara como Secretario del Congreso en abril de 1921.

En cuanto a su vida personal, el año 1923 es muy importante en la trayectoria de Briceño-Iragorry, ya que contrae nupcias por poder en

Maracaibo con Josefina Picón Gabaldón (doña Pepita, como la apodará el público cariñosamente), y viaja como Cónsul de Venezuela a Nueva Orleans. En este periodo (1921-1935) nacen siete de sus hijos (Raymond, Mario José, Jesús Omar, Roberto Belarmino, Rodrigo y María) y presencia la muerte del segundo de ellos, Obdulio. Publica ya libros de importancia en el panorama de las letras y la historia nacional como *Motivos* (1922), *Ventanas en la noche* (1925), *La educación del superconciente* (1925), *Genealogía de Don Cristóbal Mendoza, Primer Presidente de Venezuela* (1929), *La fundación de Maracaibo* (1929), y *Franciscanismo y pseudo franciscanismo. Discurso leído en el acto de su recepción en la Academia Venezolana Correspondiente de la Española* (1932).

Los autores venezolanos a quienes dedicó en esta época mucho de sus artículos fueron los positivistas, en especial, Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul y Pedro Manuel Arcaya. Conocido de todos es el interés de los positivistas por lograr un orden en la sociedad y en la Historia. Sin embargo, a pesar del respeto que sentía don Mario por este grupo de positivistas, esta actitud no era la misma hacia uno de los positivistas venezolanos más destacados: César Zumeta. Desde un artículo muy temprano titulado «La libertad de prensa» (1920) aparecen las primeras figuras que van a ser muy influyentes en la forma como Briceño-Iragorry trataría los problemas históricos. Ellos son: Laureano Vallenilla Lanz y José Gil Fortoul. Don Mario se va a declarar allí enemigo de la libertad de prensa sin restricciones, de la misma forma en que se había declarado Laureano Vallenilla Lanz poco antes. Expresa que no está de acuerdo con Gil Fortoul quien creía en una libertad sin restricciones, porque Briceño-Iragorry creía que siempre hay una clase dirigente que es la que puede guiar al pueblo, y no debe permitírsele a éste publicar todo lo que considere como adecuado.

Esta idea va a ser clave para comprender la visión histórica de Briceño-Iragorry y no la abandonará a lo largo de toda su carrera como escritor, visión que aparece muy clara en *La Hora Undécima*. Siempre hay una dirigencia que conoce mejor que el propio pueblo el destino de éste. Es decir, siempre debía existir una dirigencia ordenadora.

Pero lo importante es que este artículo va a mostrar dos posturas muy diferentes que podemos observar en el pensamiento venezolano: una es el positivismo liberal, representado principalmente por José Gil Fortoul y César Zumeta, que ha llevado a Luis Beltrán Guerrero a señalar que el Positivismo venezolano concluyó en un Liberalismo, y otra la de Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz que, por encima de la libertad, preconizaba la necesidad de un orden en la sociedad. Con esta última posición se identificaba más el joven Mario en el artículo que venimos analizando donde polemiza con Gil Fortoul y por el desacuerdo que manifestará hacia la comprensión histórica de César Zumeta.

En su artículo «Límites a la Libertad de la Prensa» Briceño expresa: «Mas la posteridad de estas simplísimas vallas no es lo que pondrá freno a la licencia a que es **fácil llegar bajo el régimen de la absoluta libertad de prensa**. Algo más perjudicial publican los periódicos que injurias e irrespetuosidades, algo que sin ser diatriba ni calumnia ofende más a la sociedad, haciéndole grandes males en el **orden** moral y en su formación mental, y que sólo puede remediarse creando trabas a esa misma libertad constitucional, estableciendo un régimen legal que no permita a todos las alturas del periódico, estatuyendo el periodismo profesional, de escuela, que aunado a selectas condiciones personales, garantice la **honorabilidad apostólica** de la prensa, para que ésta funcione fecundamente en el seno del cuerpo social» (BH.116,1920).

Discute entonces con dos de los más grandes representantes del Positivismo venezolano, Laureano Vallenilla Lanz y José Gil Fortoul, manifestándose de acuerdo con las ideas del primero y desechando las ideas del segundo, por mostrarse éste, según él, demasiado individualista al no tener en cuenta que el individuo siempre pertenecía a un cuerpo social más amplio que debía dictarle las normas de su actuación. Sin embargo, don Laureano –según él– está más claro acerca del poder que tiene la prensa en la orientación de los destinos históricos y sociales del pueblo:

Nuestro estado de formación social, la violencia de nuestro carácter nacional, nuestro **espíritu de tumulto**, despoja a una enorme mayoría de la conciencia de sus propios derechos y reduce la clase que pudiera ser la dirigente a un número escaso, asaz escaso, y es ésta la que en todo caso debe ejercer lo que llamaremos, imitando al eminente sociólogo Vallenilla Lanz, *Cesarismo periodístico*. La tribuna de la prensa debe estar vedada a muchos. Con ello no queremos nosotros renegar en absoluto de convicciones democráticas que encarnan nuestra alma colectiva, nosotros queremos que exista libertad para la prensa y el pensamiento, pero en cambio el ejercicio de esta libertad debe tener economía, economía que no sea una censura, ni una intromisión oficial, como en el régimen inaugurado en Francia en 1881, sino una barrera previa, la creación de patentes periodísticas, que vengan a impedir la circulación de prensa perjudicial por lo inútil y malsana (Ibid. 121).

Aquí nos enfrentamos, a nuestro juicio, a una de las más grandes tensiones que vivió el Positivismo venezolano del siglo XX y que configuró en sí mismo dos pensamientos antitéticos: uno liberal e individualista, proveniente de una tradición liberal en la historia venezolana, y otro que a nuestro juicio no tiene en cuenta tanto los deseos o realizaciones individuales sino sólo las sociales: “Por sobre desacuerdos ocasionales, los unía (a los positivistas) el **liberalismo** universal y venezolano; desmesurado, estentóreo y combatiente en Zubillaga; atemperado por la edad y las vicisitudes, pero nunca desmentido, en Zumeta” (GLP. 201, paréntesis nuestro).

Para nuestro autor, la tensión no existe: sus ideas se inclinan más hacia el pensamiento de Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz que hacia las más individualistas representadas por César Zumeta y José Gil Fortoul:

Para don Laureano, la acción de los partidos históricos en la sociedad venezolana del siglo XIX fue muy negativa por dos razones: en primer lugar, porque entorpecía constantemente el proceso de evolución natural del organismo social que, por vías naturales y efectivas, llevaba a la sociedad hacia un igualitarismo creciente; y, en segundo lugar, porque los partidos históricos se enfrentaron constantemente al poder de los caudillos,

jefes naturales de la constitución efectiva u orgánica venezolana. (...) El discurso liberal fue, como era lógico, un discurso totalmente élitico, que no llegaba sino a un pequeñísimo grupo de individualidades (PHV.300-301).

La polémica entre Mario Briceño-Iragorry y César Zumeta, que tuvo como su año más álgido a 1932, ocupa un lugar bastante importante en nuestra reflexión histórica porque demuestra cómo las disputas entre el pensamiento conservador representado por el autor y el pensamiento liberal representado por César Zumeta se prolongaron en nuestro país hasta bien entrado el siglo XX. La desaparición política de los dos partidos en Venezuela no planteó la total desaparición de sus raíces ideológicas.

Estamos de acuerdo con la muerte política de los dos partidos y con el régimen de Gómez, no así con su muerte ideológica. Así, uno y otro fueron defensores de la política del general Juan Vicente Gómez. Esto por supuesto se refiere a la orientación del pensamiento teórico porque, en la práctica, todos estos autores acataron y propagaron el orden pragmático del Benemérito.

Las cartas que dirige Briceño-Iragorry a Juan Vicente Gómez contienen peticiones parecidas a las cartas de otros intelectuales. No debemos olvidar, al hacer un juicio sobre éstas, que el General ejercía en el país todas las funciones, entre ellas la de subvencionar a los intelectuales que le eran favorables. Hoy en día esa función la cumplen organismos más especializados, circunstancia que ha alejado sólo formalmente las funciones cumplidas por éstos de las que hacía Gómez.

Por sus artículos escritos en ese año tenemos constancia de que visitó el Archivo Parroquial de Trujillo. Allí vivía nuestro autor para 1927, cuando ejerció de enero a agosto el cargo de Secretario General del Estado Trujillo. En agosto fue encargado provisionalmente de la Presidencia del Estado debido a la muerte de su Presidente, Amador Uzcátegui.

El año 1928 estuvo cargado de responsabilidades administrativas para Briceño-Iragorry: desempeñó tres cargos diferentes en la administración del general Juan Vicente Gómez:

- 1° Jefe Civil del distrito Valencia, donde el 5 de marzo de 1928 controló un motín popular en contra del Gobierno, «dándonos la tarea de solucionarlo con supremos esfuerzos de moderación y energía como corresponde a sus prácticas de **orden**” (BCG).

En el Archivo Histórico de Miraflores confirmamos la afirmación oral, que nos fue transmitida por el Dr. Luis Cubillán y el profesor Eduardo Arroyo Alvarez, Presidente y Secretario respectivamente del Centro Histórico de la Ciudad de Valencia, quienes nos afirmaron que Briceño-Iragorry había sido Jefe Civil de la ciudad de Valencia. El membrete de la comunicación enviada a Gómez el 5 de marzo de 1928, hallada en el Archivo Histórico de Miraflores, comunicándole su actitud de buen funcionario del régimen frente a la rebelión antigomecista en Valencia, no deja dudas al respecto.

El episodio de represión del motín en contra de Gómez en Valencia, en marzo de 1928, y cuya prueba queda demostrada con este documento, lo preocupó durante toda su vida. En el año de 1945 escribe una defensa contra la exageración que sus enemigos hacían del incidente titulado “Ante una infamia”. En estos sucesos de Valencia llegaron incluso a decir que le había disparado a un niño: “Se me injuria repitiendo el ridículo infundio de que yo maté en Valencia a un niño o un anciano sin nombre, que hasta el presente no han logrado identificar mis alegres calumniadores. Recordarás que este ataque se produjo en 1945, con motivo de mi discurso inaugural del Senado” (BOC,23.342,1955).

El Estado Carabobo era uno de los estados más productivos del régimen gomecista, donde Juan Vicente Gómez tenía muchas fincas. Es por esto que la virulencia antigomecista debía ser calmada allí con mucha fuerza. Recordemos que Gómez destinaba para los cargos de Jefes Civiles a aquellos funcionarios de probada lealtad. «Procure que en las Jefaturas Civiles de los Distritos y Municipios y en los puestos que sea necesario desplegar energía, vigilancia y actividad sean colocados amigos de toda confianza del

Gobierno y que sean verdaderamente adictos y fieles servidores» (PAT. 205).

- 2° Se desempeñó como funcionario de la Agencia de Navegación en La Guaira, y
- 3° como Secretario de la Universidad Central de Venezuela.

Debemos hacer notar que después de su posición como Secretario de la Universidad Central de Venezuela, su correspondencia con Gómez se hace más espaciada. Esto pudo deberse a razones de orden económico, aunque todavía hay algunas peticiones de este tipo; o a razones de tipo político: su tío Victorino Márquez Bustillos no era más el Presidente Provisional, y como tal su poder político había declinado; o a razones de tipo ideológico: su cercanía a los estudiantes en este cargo y su amistad con Caraciolo Parra León (Vicerrector Académico de la Universidad Central) lo hicieron distanciar su correspondencia con Gómez.

En estos años los escritos de Briceño-Iragorry tendrán las siguientes características propias de su época que analizaremos a continuación. En primer lugar, la defensa de una nacionalidad venezolana unificada, donde cualquier elemento extraño pudiera ser disuelto en un todo, es uno de los principios instaurados por el gomecismo y es lo que Briceño-Iragorry pensaba que Venezuela debía ser en la concepción histórica por él mantenida. Gómez derrocó a todos los caudillos regionales persiguiendo el deseo de una Venezuela unida en la cual él fuera el único caudillo.

Aunque el predominio de los andinos en el gobierno gomecista nos podría llevar a pensar en la hegemonía de una región determinada que sustentaba el aparato del Estado, el ideal de unificación nacional al que Mario Briceño-Iragorry se adscribía y, con él, el resto de la clase intelectual venezolana, se hizo realidad durante esta etapa de la vida nacional. Esta necesidad de concebir a Venezuela como un todo obligaba a los venezolanos a conocerla y, evidentemente, el conocimiento histórico no podía prescindir del conocimiento geográfico.

Por estos años tampoco lo encontramos alejado de las variables ideológicas sustentadas por el régimen gomecista. Hablamos concretamente de su anticomunismo del cual es muestra su artículo titulado «El hombre nuevo», donde metafóricamente, y frente a las soluciones planteadas por el Marxismo, propone otro camino muy distinto para alcanzar la perfección. Asimismo, es hijo de esta época en su simpatía hacia los personajes del nazismo que conducirían, según él, a Alemania en ese momento por grandes derroteros.

Dentro de la historia positivista, cuyo sello indiscutible está en la obra de Briceño-Iragorry durante estos años, el estudio de la etnografía era visto como parte importante para la comprensión de la historia. De su afición por los estudios de antropología, y concretamente de etnología, nacen a nuestro juicio artículos importantes e interesantes acerca de los aborígenes venezolanos: «Sistema monetario de los Timoto-cuycas» (BOC, 17. 39, 1928); «Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela» (OCB, 5. 17, 1928), y «Notas sobre arqueología venezolana» (OCB, 5.153, 1930).

Las placas funerarias halladas en el occidente de Venezuela lo llevaban a pensar que el dios murciélagu, representado por las placas, era el mismo en que creían los aborígenes centroamericanos. En este sentido, los aborígenes andinos no sólo creían en la existencia de la vida futura como los aborígenes centroamericanos, sino que también tenían el concepto abstracto de lo que la moneda significaba y por ello la usaban.

En el año de 1930 publica un artículo donde señala también, por medio de vestigios arqueológicos –en este caso, unas sillas–, las comunicaciones que pudieron existir entre los indios ecuatorianos y los de la zona andina. Dice que los cronistas encuentran similitudes: «...entre los pobladores de occidente y los mucas del Nuevo Reino de Granada, que por aquel tiempo ocupaban el tercer lugar entre las familias de América precolombina» (Ibid. 156).

En ese mismo año ingresa a la Academia Nacional de la Historia para ocupar el Sillón de Don Lisandro Alvarado. Su discurso de orden tuvo

como título: *El conquistador español: los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo*. La contestación estuvo a cargo del académico Luis Alberto Sucre, quien no deja de señalar la importancia de los estudios genealógicos dentro del campo de la historia, en los que se destacaba Briceño-Iragorry. Además de los intelectuales ya nombrados, amigos de don Mario, son importantes los miembros de la Academia Nacional de la Historia con los cuales conversó y discutió sobre la problemática histórica nacional, entre los que se encontraban Monseñor Nicolás Navarro, Luis Correa, Luis Alberto Sucre, Caracciolo Parra-León, Hector García Chuecos y el Hermano Nectario María, así como los contemporáneos de su infancia trujillana como Amílcar Fonseca.

Terminamos este capítulo con el nacimiento de su primera hija, María, quien años más tarde, en 1954, contraerá matrimonio con otro destacado funcionario y político venezolano: Miguel Angel Burelli Rivas.

Tapices de **Historia Patria**

En los espacios de este libro, *Tapices de Historia Patria*, se destaca como el hito más importante el año de 1777 cuando se funda la nación venezolana: «... y si no hemos dicho nada de las audaces correrías de Alfínger, Federmann, Spira y Hutten, ni tampoco hemos detallado las expediciones de Ordaz, Herrera, Ortal, Sedeño, y tantos otros, tal silencio obedece a que nuestro propósito no es describir las luchas de conquista, sino fijar las bases que permitan definir un concepto claro y sencillo de la organización política que culminó en la obra de 1777» (BOC, 4. 72).

En este sentido, al creer en un orden y causalidad dentro de la historia, Briceño-Iragorry puede pensar en «el pasado como elemento constructor del presente» (Ibid. 82). Sólo pensando en organización y orden dentro del pasado mismo podemos pensar en una construcción del presente, porque si la historia fuera algo caótico sería imposible crear algo a partir de ella.

Esta seguridad con respecto al saber histórico y su directa incidencia en el futuro desarrollo de los hombres, viene inicialmente de la creencia platónica que exponía que el conocimiento de los hechos conducía a su perfeccionamiento. Esta misma creencia fue manteni-

da con distintas bases filosóficas por el Iluminismo y el Positivismo que veía en la historia o en el pasado una explicación de todo el presente. De ahí la gran cantidad de estudios históricos que florecieron en Venezuela durante la pervivencia de esta doctrina. Esta seguridad en el saber histórico como un arma efectiva para conocer el presente, explicarlo, e incluso planificarlo, ya no es tan clara a la conciencia actual, por lo menos, ya no es tan transparente como en este período en que fueron escritos los *Tapices de Historia Patria*, en el cual estaban vigentes los lineamientos de la historia positivista.

Es bien interesante destacar también cómo, a través de las narraciones de la historia mundial, se tienden a justificar los hechos ocurridos dentro de la Historia de Venezuela. Esto aparece una y otra vez en los ejemplos que se citan a continuación. El pirata es igual a los moros que peleaban contra los españoles en la península Ibérica. La conquista y colonización de América es comparada a la labor realizada por los emperadores carolínos para la integración del Sacro Imperio Romano-Germánico y otras más que resaltarán en este análisis.

Además, Briceño-Iragorry establece momentos cronológicos más importantes que otros. Ellos también son fijados por la valoración positiva o negativa que tenían para el autor los acontecimientos que en ese período histórico sucedieron: «En cambio gustamos nosotros de este sesgo que el expositor da a su relato, por cuanto hemos creído siempre que los cascos de los caballos han hecho tanto daño a la **Historia**, y especialmente a la nuestra, como el propio caballo de Attila. Muchos de nuestros historiadores se han guiado al escribir sobre la Colonia por el paso de las caballerías y han gastado más tiempo en describir la famosa batalla de los Omaguas y los fantásticos escuadrones de indios que atacaron a los conquistadores, que el dedicado a exponer la evolución de las formas político-culturales» (Ibid. 79).

La atención va a estar puesta, entonces, en las formas políticas y culturales que conforman el orden histórico. La Revolución Francesa no debía jugar un papel importante dentro del orden que el desarrollo histórico debía de seguir. Reconocerle algún papel sería desconocer la

semilla inicial que los españoles habían plantado y que desde un principio tuvo características igualitarias.

En consecuencia, en la historia no puede existir el azar. Esta causalidad del orden histórico tiene su origen en la historia clásica, concretamente en Polibio, y este es el modelo histórico a seguir: la historia clásica. Esta es la historia que debe ser imitada, como lo demuestra en innumerables ejemplos de su obra. La historia clásica es el modelo profundo generador de *Tapices de Historia Patria*.

Luego contamos, si se nos permite llamarla así, con una estructura superficial del texto donde las opiniones históricas del autor sobre el desarrollo de la Historia de Venezuela son sustentadas por otros autores contemporáneos como Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, Luis Correa, Enrique Bernardo Núñez, Felipe Fermín Paúl y Pedro Itriago Chacín.

Frente a la orfandad del indio mostrada en el libro estaba la otra parte de la historia, los criollos que representaban el elemento creativo dentro del proceso de la nacionalidad. No sólo se hace hincapié en la superioridad de los conquistadores sobre los indígenas, sino que se justifica la conquista misma, porque ésta es semejante a hechos históricos del pasado como son las conquistas del Imperio Romano sobre otros pueblos, y la expulsión de los moros de la Península Ibérica: «Con el águila capitolina, las legiones de César llevaban buena provisión de píleos para cubrir, en señal de libertad, la cabeza de los nuevos súbditos: los Adelantados de España, al par del Estandarte de Castilla, llevaban el agua lustral, a cuyo riego el indígena sojuzgado pasaba a la categoría de hermano menor, a quien era necesario instruir y proteger» (Ibid. 41).

Otro punto interesante a destacar en *Tapices de Historia Patria* y en el resto de la historia escrita por Briceño-Iragorry es el tratamiento que le da a otro aspecto importante de la historia venezolana: el Cabildo.

El Cabildo representa la continuidad de los valores de la civilización hispánica durante la Colonia. Los criollos iban a restablecer la tradición hispánica debilitada por la germanización de los Austria, a tra-

vés del Cabildo. Los Cabildos constituyeron una institución identificada con una clase social determinada: los criollos, circunstancia que según don Mario no los debilitaba sino que, al contrario, eran los intereses de esa clase los que se identificaban con los de la nacionalidad. Ellos eran los baluartes que defendían el orden hispánico y por eso, creía él, estaban identificados con los intereses de la sociedad completa. En ellos estaba representada la clase superior de la Colonia y de allí la validez de sus proposiciones políticas.

Toda esta concepción acerca del sujeto de la historia ubicado en los cabildos y perteneciente a una clase social determinada, no era compartida por algunos historiadores del momento. Sin embargo, cuando Briceño-Iragorry cita a los opositores de esta teoría no cita nombres sino que los llama «los modernos demagogos» y esta disputa que se suscribía exclusivamente a los tiempos coloniales, toma tintes de actualidad para él porque el sujeto en la historia pasada debía seguir siendo el sujeto de la historia presente. La superioridad social del Cabildo y su papel promotor en la Guerra de Independencia constituye uno de los centros del libro y es repetida por él una y otra vez. Agregándole elementos diferentes que contribuyen a ampliarla, pero conservando el mismo planteamiento originario, la Independencia quería restablecer los viejos valores hispánicos, que pervivían en los Cabildos coloniales, y no así en la España germanizada y afrancesada por los Austria y los Borbón.

En el caso de la formación de la nacionalidad venezolana, los elementos afirmativos de ésta fueron los criollos y los Obispos, y los negativos los piratas, igualmente necesarios en el proceso de consolidación de la nacionalidad porque ellos unieron a los criollos y al pueblo frente a un peligro común.

El aporte de los criollos ya ha sido suficientemente tratado como preservadores de los valores españoles, que serían el basamento más sólido para la construcción de la nacionalidad, sobre todo a través de los cabildos coloniales. Los Obispos eran los más altos representantes de la Iglesia, le impartían a ésta sus directrices para configu-

rar un orden terrenal de acuerdo a los lineamientos del Cristianismo de la época.

Ellos encauzaron a los pueblos hacia los valores cristianos que en última instancia eran, según Briceño-Iragorry, los únicos valiosos en la historia y no sólo esto, sino que construían la historia misma. Existía entonces para él una nueva historia que estaba siendo escrita o iba a serlo por los historiadores que estudiaran la Colonia y reconocieran el papel que la Iglesia Católica había desempeñado en la educación del pueblo y una vieja historia que había sido elaborada, según él, por historiadores con prejuicios románticos y que no reconocían el importante papel que había jugado España y la Iglesia Católica en la formación de estos pueblos.

Para él, la Independencia de Venezuela no se había dado por «generación espontánea» sino que era un resultado patente de lo importantes que habían sido la educación y la cultura colonial en la formación de los hombres de la época. Y en este sentido no se equivocó. La educación colonial fue muy fructífera en la formación de las mentes coloniales que posteriormente conducirían a la Guerra de Independencia: «Allí, estaba la semilla, regada de fuerte lógica, que daría a su tiempo el fruto requerido. De los claustros universitarios salieron los idealistas que redactaron las fórmulas de nuestro derecho republicano; y de las escuelas de primeras letras, aquel sector popular que supo discutir sobre la Independencia» (Ibid.168).

Su metáfora educativa predilecta proviene de las ciencias naturales. Semeja la educación a la agricultura, circunstancia que tampoco deja de ser acertada. Experimentado desde los primeros años de su juventud en la docencia, conocía muy bien las ventajas y dificultades prácticas que ésta conllevaba. Pensamos que cuando el educador siembra la semilla tiene una diferencia con el agricultor, no sabe qué tipo de fruto va a recibir. Si la semilla plantada es excelente, el fruto continuará siendo excelente, pero el educando tendrá la facultad de transformarla de acuerdo a la sociedad de su tiempo y a sus necesidades subjetivas. Los educadores coloniales no necesariamente tuvieron la intencionalidad de sem-

brar la orientación que la semilla cobró debido a la situación histórica del momento. Y esto es lo que la teoría de la causalidad de Briceño-Iragorry no le permite reconocer. La causalidad natural no es igual a la causalidad que puede ser establecida en los fenómenos históricos. Algunos maestros coloniales cumplieron fielmente con su deber y de allí nació la generación que protagonizó la Guerra de Independencia, pero su intención no estuvo directamente orientada a provocar la misma.

Si en realidad los maestros coloniales tuvieron la directa intencionalidad de prender la llama de la Guerra de Independencia debe ser comprobado por un estudio historiográfico más profundo y no aplicando la ley de la causalidad: la Independencia ocurrió y por lo tanto los maestros coloniales ayudaron a encender el fuego.

La defensa de la educación y la cultura colonial era para Briceño-Iragorry, al igual que para Caracciolo Parra-León, un asunto muy ligado a la defensa de las convicciones cristianas. El que atacaba la educación de la Colonia atacaba también al Cristianismo: «Quien se detenga a contemplar la figura de Bello venezolano, expresión admirable de la cultura de su época, llegará a la conclusión de que sus brazos en cruz serían buen puente para borrar el hiato o abismo que los historiadores románticos pretenden introducir entre la Colonia y la República. Y la cruz de los brazos serviría a la vez para definir el carácter cristiano y católico de aquella calumniada cultura» (Ibid. pág. 170).

Sin embargo, no fue la posición conciliadora de Andrés Bello la que adoptaron los próceres de la Independencia porque sabían que había que diferenciar la semilla sembrada del fruto que ellos representaban y en ello no se equivocaron. La Independencia no se hubiera llevado a cabo si esto no hubiera sucedido.

Para Mario Briceño-Iragorry, los hijos de la Colonia querían desprestigiar a sus progenitores, negar a sus padres y esto no debía ni podía ser así porque nuestro pueblo no aparece por primera vez en la Guerra de Independencia sino que para él, como ya vimos, la Independencia es una continuación de la Colonia y es la obra de los patricios la que le da continuidad: “Lejos de representar un hiato, o un salto sobre un

abismo, la obra de los **patricios** de 1810 exprime, en tonos vigorosos, la continuidad intelectual de nuestra Historia en el panorama cósmico, y no la prístina aparición de un pueblo» (Ibid.199. Enfasis nuestro).

El elemento negativo, no por ello menos necesario en la formación de la nacionalidad, fueron los piratas. Ellos recuerdan a los moros en la Península Ibérica: «El corsario, nueva faz del moro secular, amedrentaba a los colonos y los unía para la común defensa de los puertos de la Patria.» Sin embargo, esta unión tuvo un precio lamentable que fue el atraso cultural de los pueblos descubiertos.

Además de estos tres elementos fundamentales ya estudiados que contribuyeron a la formación de la nacionalidad, el Cabildo, la Iglesia y los piratas, no deja Briceño-Iragorry de tratar otros elementos que sin duda contribuyen a su formación como son el ambiente y la agricultura.

En la época que se escribe el libro, las clases altas venezolanas querían sentirse parte de esa cultura colonial «desprestigiada» por la «Historia romántica». Este afán estaba presente en dos actitudes: la construcción de grandes casas al estilo colonial y la reconstrucción de las genealogías que entroncaban a los venezolanos con sus parientes ibéricos. Sin embargo, los objetos coloniales que se conservaron no fueron recuperados por este sector económico-cultural de la población, sino por humildes ciudadanos que, debido a la necesidad y a la imposibilidad económica de cambiar los viejos objetos coloniales por otros nuevos, los conservaron.

La recuperación del pasado colonial no fue una actitud aislada de Briceño-Iragorry sino la de todo un sector económico y cultural, no sólo en Venezuela, sino en el resto de Hispanoamérica. Pensemos para esto sólo en tres figuras contemporáneas al autor: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, quienes en el Ateneo de México, en los primeros quince años del siglo veinte, también se plantearon un retorno a la hispanidad.

Esa recuperación de la hispanidad adquirió un tinte valorativo dentro de la historia; es decir, creó dos tipos de historia acordes con la visión que el historiador tenía con respecto a la hispanidad. Esta acti-

tud valorativa es representada fielmente por Briceño-Iragorry, para quien existe una historia falsa y una verdadera, como ya hemos venido analizando durante este capítulo. Es la pervivencia de ciertos valores la que le da a la historia su carácter de verdad o falsedad en última instancia, no su objetividad.

Después, en su Epistolario, reconocería en 1940 que en su libro *Tapices de Historia Patria* existen “enunciados rectificables” que nuevamente serán objeto de su reflexión para darles nuevas orientaciones: “Acaso el mismo calor de la polémica (porque mi libro, escrito en 1933, contempla la vecindad del alevé ataque) pudo llevarme a aceptar ligeramente algunos enunciados rectificables y que parecen contradecirse con ideas allí mismo expuestas y defendidas” (BCD.161).

Entre ellos estarían, a nuestro juicio, su visión del papel del indígena en la historia hispanoamericana y sus reflexiones posteriores acerca del concepto de democracia.

La madurez **solidaria**

Ayer se luchó para borrar absurdas diferencias basadas en ficticios rangos: hoy la justicia ordena luchar contra la economía anti-democrática, contra los sistemas de distribución de la riqueza que mantienen viva la esclavitud del hombre, pero entendido que queda al hombre la libertad desigualativa en medio de la solidaridad social
(BOC, 21.384,1937)

El diplomático en Centroamérica

Mario Briceño-Iragorri fue designado por el Gobierno de Eleazar López Contreras como Encargado de Negocios ad interim de Venezuela en Costa Rica a finales de 1936. En ese año nace su última hija, Beatriz Mercedes.

Fue progresivamente ascendiendo en su cargo y en 1938 lo destacaron como Encargado de Negocios en las repúblicas de Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala. En 1939, la sede de la Embajada se muda a Guatemala y en agosto del mismo año fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Panamá y Centro América. En los años de 1940 y 1941, hasta marzo de 1941 concretamente, la mayoría de sus informes

son firmados otra vez en Costa Rica, lo que indica que regresó nuevamente a ese país.

Sus opiniones sobre la gestión del general López Contreras son muy favorables. La correspondencia con López que confirma esta opinión que Briceño tiene sobre su gestión gubernamental se encuentra en el epistolario que mantiene con él: “No se quieren dar cuenta muchos venezolanos de la admirable madera de república de que está formada la recia personalidad de López Contreras” (BCD,121).

Se manifiesta de acuerdo con las políticas de López Contreras con respecto a la represión del comunismo en el país porque considera que tanto la doctrina marxista como la extrema derecha estaban buscando la implantación de una nueva dictadura en Venezuela: “Justamente esta actitud del Presidente de Venezuela frente a la libertad de prensa, es lo que más claro habla de su respeto por las prácticas de la democracia contra cuyos *ideales se alza*, como enseña Kelsen la *dictadura del proletariado*, surgida teóricamente de la doctrina neocomunista y prácticamente realizada por el partido (sic) bolchevista ruso, con fuerza igual a la de la reacción antidemocrática de la burguesía que encuentra su expresión teórica y práctica *en la dictadura de extrema derecha*” (BOC,21.266).

Considera mitológica la interpretación histórica mantenida por los gomecistas de que López Contreras traicionó a muchos de los integrantes de este régimen: “La historia de la traición del General López Contreras me parece una historia mitológica y malandrinesca, acomodaticia a los intereses de quienes quieren lucrar con la incompreensión de que es víctima nuestra sufrida patria”(BOC, 20.113, 1939).

La interpretación contraria es sostenida por Efraín González en sus “Apuntaciones que dan relación de mis actividades ya en lo privado como en la vida pública”, quien afirma que López Contreras sí persiguió a los gomecistas (GEA).

En Costa Rica existía entonces una colonia venezolana bastante grande, salida del país con ocasión del derrocamiento de Juan Vicente Gómez, que Mario Briceño-Iragorry tiene que atender. Los recur-

sos de que dispone para realizar su trabajo son calificados por él de ridículos. En estos cinco años de 1936 a 1941, estudiaremos su biografía a través de sus informes a la Cancillería venezolana. Informes meticulosamente redactados y seriamente pensados que enviaba periódicamente a la Cancillería para informar acerca de la situación de estos países.

Costa Rica es para Briceño-Iragorrry un país socialmente más avanzado que Venezuela. Observar estos adelantos y comunicarlos directamente va a ser su imperativo fundamental: “En materia educativa, de protección social y sanitaria aquí se han realizado grandes avances sociales (...) permite al observador extranjero una rápida visión de conjunto de los adelantos morales y materiales de este país ejemplar (...) y a nosotros nos resul (sic) en extremo fácil, antes que adaptar sistemas extraños, acondicionados para países de grandes avances, copiar y ampliar los servicios costarricenses, ya adaptados a las necesidades de un pueblo más o menos semejante al nuestro” (BEM,1937).

Todas estas reflexiones por supuesto que van a transformar la visión y el acercamiento a la realidad de Briceño-Iragorrry. Costa Rica tiene sobre él un influjo vivificador que lo va a ayudar a replantearse su pensamiento en términos distintos a los expresados en la época gomecista. Se convierte en un hombre cuya primera prioridad será alcanzar la Justicia Social. Algunos de los tópicos son los mismos que lo habían preocupado de 1911 a 1935: la agricultura y la ganadería, la educación y la unión entre los países de América Latina. Sin embargo, en las comunicaciones a la Cancillería destacan dos tópicos nuevos que no habíamos observado en su obra anterior: el conocimiento con que trata los problemas limítrofes entre los países centroamericanos, y la observación directa de una de las más grandes transnacionales norteamericanas, la *United Fruit Company*.

Aunque Briceño-Iragorrry ha debido conocer la actuación de las transnacionales petroleras antes de su partida de Venezuela en 1936, no tuvo experiencia directa con ellas, por lo tanto no observamos alusiones a las mismas en su obra anterior a 1935. Por otra parte, creemos

que nuestro autor estaba mucho más sensibilizado hacia el problema del agro que hacia el problema petrolero en esos momentos. Contra las acusaciones hechas a su persona por su falta de protesta ante el capital extranjero que invadió al país en la época de Gómez, sobre todo cuando era Secretario del Congreso, se defiende diciendo: “A muchos extraña que yo me haya lanzado a la política de calle cuando mis canas me obligan a buscar reposo. Para aseverar que mi actitud no ha sido un tardío despertar, podría mostrarle la copiosa correspondencia por mí dirigida a amigos y gobernantes. Contra el capital extranjero no he acometido a última hora: en 1929, cuando vivía de un sueldo de mil doscientos bolívares, se me ofreció la oportunidad de ir a negociar para la *Bond and Share* las plantas eléctricas de Valera y Trujillo; rechacé la operación y desaconsejé la operación entre los posibles vendedores” (BOC, 19.294).

Su experiencia acerca de la situación mundial se hace mucho más amplia ya que tiene que enfrentar, como diplomático, la discusión internacional de dos problemas bélicos de gran envergadura, como fueron la Guerra Civil Española y, posteriormente, la Segunda Guerra Mundial. Se dedica a la observación de las costumbres y al estudio de la historia de las repúblicas centroamericanas y, en concreto, de Costa Rica porque: “Costa Rica puede darnos muy buenos consejos, no sólo en cuanto a técnica de producción, sino en razón de la experiencia que suministra al observador extraño la manera como ha sido victimada esta Nación por los sistemas de explotación de la famosa compañía *United Fruit*, deseosa de instalarse en Venezuela” (BEM, 1937).

A medida que se va familiarizando con su oficio de diplomático se da cuenta de que éste no concuerda, según él, con sus características personales, razón por la cual expresa que le gustaría abandonar la carrera diplomática. Todos estos inconvenientes provinieron de un problema histórico –el poco respeto que tenían los diplomáticos hispanoamericanos hacia el nombre de Bolívar–, por lo que publica sus obras *Triunfo y tragedia del Libertador*, *Recuerdo de Ayacucho: una reliquia del Libertador en Centroamérica*, y pronuncia las palabras de home-

naje a Simón Bolívar, leída en la Radiodifusora *La voz del trópico* en San José (RGC):

Es espantoso Rivas, es trágico hasta el extremo lo que pasa con Bolívar. El hombre que predicó la paz de las naciones de América y que sacrificó por la unión su propia autoridad, y cuyo nombre debiera ser el mejor aglutinante de pueblos, sirve hoy para la división: en Venezuela se le toma para bautizar círculos políticos personalistas y tendencias desprovistas del neto espíritu bolivariano. En América se le niega, se le adultera, se le calumnia. Se hace desde la Argentina, desde el Perú, desde Colombia una campaña para sustituirle por Santander o por San Martín, según el caso. A mí me ha tocado tropezar con Bolívar en forma que me ha obligado, por respeto a su memoria y a mi gentilicio, a darme a una labor cuya finalidad me duele... Me voy de Costa Rica con otra molestia de tipo bolivariano. En la primera me encontré con Colombia. En esta segunda veo como las autoridades se pliegan a las pretensiones de Loudet, a quien el propio Gobierno detesta. Pero, mi querido Rivas, en la carrera diplomática y según los pueblos, vale más que comedido y culto, ser loco y molestar con la locura: Fernández de Soto, el colombiano, lo era, y este mi colega de Argentina, lo es de remate (BCD.173 y 174,1941).

Un proyecto político: "Temas Inconclusos"

Así como su libro fundamental de la época gomecista es *Tapices de Historia Patria*, que propone problemas históricos de indiscutible importancia para el autor, en *Temas Inconclusos* expresa un ideario político a seguir por parte de las naciones hispanoamericanas, producto de la transformación ocurrida en este autor con el impacto del medio costarricense. No hay que olvidar que este libro fue escrito bajo el impacto de los sucesos que conmovieron al mundo a raíz de la Segunda Guerra Mundial, tiempo en el cual parecía que todos los valores habían naufragado y que el mundo se hubiera vuelto una película de terror. Frases como éstas son consecuencia de dicha situación: "...sentido frankensteiniano de una civilización que, negándose a sus fines, se creyó constructora de dioses. Hoy, esos mismos dioses la devoran. Esas ideas mías, recogidas en forma que hasta disimula su desacoplamiento original, son ideas volanderas, ideas de todos los que se aso-

men al fondo del abismo que el odio y la desolación moral han abierto ante nuestros pasos inciertos” (BOC, 6. 14, 1941).

Ahora la democracia se constituye en el sistema ideal de Gobierno que debe ser seguido por las repúblicas latinoamericanas. El impacto producido por la Segunda Guerra Mundial ocasionada, entre otras cosas, por la dictadura férrea de Hitler en Alemania, hace que el modelo de dictadura como gobierno desaparezca por completo de este libro. Esto, sumado a la transformación política que vive Venezuela, la cual inicia su apertura hacia la vida democrática, hace que se haga hincapié en este proyecto político con las características que describiremos aquí en *Temas Inconclusos*. Este libro va a destacar las condiciones que el ser humano debe cultivar para conseguir un desarrollo democrático más pleno como, por ejemplo, la virtud de la tolerancia: “...ese nuestro perpetuo estar colectivo en función destructora del semejante aconseja una tesonera y prudente prédica de tolerancia. Tú al escribir te sitúas en un plano filosófico que pudo hacerte olvidar momentáneamente la tragedia de la intolerancia venezolana, esa tragedia que va desde lo político hasta lo literario y que invade tanto el campo del arte como las menudas situaciones de nuestra vida diaria” (Ibid. 27, 1940).

Afirma que la intolerancia es una actitud venezolana. Según él, los venezolanos aceptamos muy poco las opiniones divergentes a la nuestra. Necesitamos mucho ejercicio para que la intolerancia nuestra permita la racional discusión de los problemas.

El hombre para hacer viable el proyecto democrático debe cultivar ciertas virtudes como la laboriosidad y la honestidad pública de las que puede servir como modelo nuestro Libertador Simón Bolívar. De él tenemos que olvidar aquellos pasajes o retratos que nos lo representan en su lecho de enfermo. Pero tenemos que recordar su generosidad y su conducta impecable frente a los negocios públicos reflejada en su muerte sin riquezas. Debe existir una actitud honesta por parte de los ciudadanos venezolanos que necesariamente practiquen la sinceridad en el diálogo, de manera que éste pueda influenciar la reali-

dad y convertirla en algo perfectible. Un país que le rinda culto a la mentira y no sienta respeto por la verdad tampoco puede tratar de construir en él un sistema democrático: “Ocultar ideas, silenciar verdades, aparentar posiciones, para medrar con el beneplácito mayoritario o con la prebenda que reparten los poderosos, es actitud que no resiste el más ligero examen. Eso no es rectificar. Eso es traficar con la integridad moral. Y con la moral se trafica una sola vez. El trato, por alto o bajo precio, agota la materia” (Ibid. 33, 1942).

Se plantea aquí una democracia en la que no exista una igualdad horizontal de todos los individuos, sino que asegure primero un sustento básico a todos sus componentes, para después tener en cuenta sus distintos grados de desarrollo. Por eso él mismo califica su concepto de democracia como una “paradoja” (Ibid. 35). Esta democracia debía estar dirigida por un Estado protector que aunque no era totalitario tendría que ser “productor y creador de valores” (Ibid.40).

Con estas condiciones estamos hablando de un Estado fuerte. Esta concepción del Estado la mantendrá nuestro autor a través de toda su vida, incluso en la época de Pérez Jiménez. Pero, nos preguntamos nosotros, ¿será posible la democracia dirigida por un Estado tan fuerte?

El concepto de democracia jerarquizada tiene en cuenta los méritos de los ciudadanos para construir una sociedad ordenada acorde con éstos. Y de esta forma los más capacitados regirán los destinos de los otros hombres. Esto coincide con su proposición anterior de una clase dirigente que debería regir los destinos de los otros hombres, como también con el concepto de democracia propuesto por el *Ariel* de Rodó en 1900. Son los valores del espíritu los que regirán esa democracia que Briceño-Iragorri aspira, ellos serán el norte a seguir por los individuos que luchen por ese sistema político ideal, que no será solamente una solución pragmática para los problemas humanos sino que contribuirá al engrandecimiento del espíritu por su fundamentación en los valores espirituales: “Justamente la valla que detiene la (sic) avenidas demagógicas reside en el respeto a los valores espirituales que sirven a jerarquizar la sociedad” (Ibid.36).

Todas estas reflexiones sobre la democracia se verán enriquecidas por sus lecturas de Jacques Maritain que empiezan precisamente por esos años, concretamente en 1940. El pensamiento de este autor tendrá influencia, junto con el de otros, en el pensamiento histórico de Briceño-Iragorry en los años subsiguientes.

Los rostros de **la solidaridad**

La solidaridad política

Las relaciones amistosas entre Isaías Medina Angarita y Mario Briceño-Iragorry constituirán motivo de un estudio especial en este trabajo por la importancia que el mutuo apoyo afectivo, intelectual y político significó para estos dos personajes en el transcurso del tiempo que les tocó vivir.

Sin embargo, la amistad entre ambos personajes no siempre tuvo el mismo tono ni la misma intensidad, por eso ella va a ser sometida a un estudio cronológico que nos hablará también de las circunstancias de nuestro acontecer histórico-político.

Del mismo modo, no dejan de hablar de la historia social de Venezuela las ideas, aspiraciones y valoraciones que sustentan las amistades de nuestros grandes personajes, porque es en las relaciones interpersonales donde los valores de una cultura o de un subgrupo de ella se actualizan o se carnalizan. Es en las relaciones sociales de los hombres donde podemos ver los valores en acción, donde debiéramos estudiar su vigencia, que no necesariamente se corresponde con la formulación teórica de los valores en una cultura.

Medina Angarita y Mario Briceño-Iragorrry se conocieron en el año de 1912, en la Escuela Militar de Caracas: "...antigua Academia Militar (...) Ya era Medina un apuesto cadete cuando lo conocí a fines de aquel mismo año. (...) En nuestra primera noche de Año Nuevo caraqueño compartimos la modesta y sabrosa hallaca y la escasa copa de vino (...) sobre los blancos manteles de las bondadosas y honorables señoritas Silva" (BOC, 2. 471,1953).

El carácter cariñoso de Medina se va a hacer manifiesto desde estos primeros años cuando en el afecto de su "... hermano Julio buscaba el calor del hogar lejano" (Ibid. 472).

Por eso estaba esa noche con jóvenes estudiantes que esperaban que la Universidad abriera sus puertas de nuevo. Debido a que la Universidad continuaba cerrada, Briceño-Iragorrry ingresa en la escuela militar, donde profundiza su relación con Medina hasta el año de 1914, cuando juntos salen de permiso con el general Esteban Chalbaud Cardona. Medina y Chalbaud Cardona continuarán la carrera militar. Don Mario insistirá en ir a la Universidad y se graduaría en 1920 de abogado en la Universidad de los Andes.

En los años que transcurren entre 1914 y 1941 ambos personajes se convierten en figuras de gran importancia en el acontecer político venezolano:

Desde 1914 hasta 1945, la vida de Isaías Medina Angarita había sido una rutilante parábola de éxitos. Hecho oficial, permaneció como profesor y jefe de Cadetes en el prestigioso Instituto. Más tarde fue instructor de tropas y secretario del Ministro de Guerra y Marina. (...) al lado del General Eleazar López Contreras trabajaba un oficial –Medina– que se había atrevido a hablar en presencia del Caudillo de la necesidad de restaurar el civismo como método de Gobierno. (...) En el difícil reacomodo político que le tocó presidir al General Eleazar López Contreras, Medina Angarita tuvo activa y valiosa participación como Ministro de Guerra. (...) Cuando fue electo Presidente, muchos temieron que el paso de ganso llegase a ser ejercicio diario que asustara a los modestos transeúntes. Su gobierno, en cambio, se distinguió por un espíritu de libertad, de justicia y de

tolerancia que hacía evocar, para verlos superados, los viejos gobiernos románticos de Vargas, de Soublette, y de Rojas Paúl (Ibid. 472 y 473).

En el año de 1941 Mario Briceño-Iragorrry publica *Pasión y triunfo de dos grandes libros. Homenaje a Codazzi y a Baralt* en el centenario de la Sociedad de *Geografía* y de la *Historia*, en Caracas. Nuestro autor había regresado en los inicios del gobierno del general Medina Angarita para desempeñarse como Director del Archivo General de la Nación en el año de 1942. En estos años de 1941 y 1942 Briceño-Iragorrry forma parte de dos proyectos relacionados con la difusión del libro y la cultura: el Club de los Zoquetes y la Sociedad Venezolana de Bibliófilos. La historia de ambas asociaciones es relatada por Pedro Grases en sus *Obras Completas* (GPO, XIV.77 a 93).

También publica en 1942 dos obras que consideramos fundamentales para la comprensión de su pensamiento como *El Caballo de Ledesma*, y su ensayo *La Historia como elemento de creación*. Si el lector quiere ver un análisis de estas obras puede encontrarlo en mi libro *La Historia en Mario Briceño-Iragorrry* (FBH).

La actuación de Briceño-Iragorrry en el Archivo General de la Nación durante el Gobierno de Medina no deja de ser destacada. Contrató durante ese tiempo a un experto para que autenticara unos documentos de Bolívar y concluye con que: "...los documentos de Colombres Mármol reproducidos en la obra del señor Carbia son una falsificación, a nuestro parecer, en lo cual intervino un solo calígrafo; probablemente de época reciente, con ánimo de lucro, abusando del loable afán patriótico del señor Colombres Mármol" (BAC, 1942).

Algunos Presidentes en Venezuela, como Medina Angarita, podían ocuparse de problemas históricos y se mostraban muy interesados en la difusión del pensamiento histórico. Esta preocupación en el caso tratado no era delegada en otras personas, sino que era expresada por el propio Presidente directamente; situación que se pone de manifiesto frecuentemente en la correspondencia que envía Medina Angarita a Briceño-Iragorrry.

En el año de 1943 prosigue su carrera política como Presidente del Estado Bolívar y allí se desempeña fielmente de acuerdo a la política del Presidente Medina Angarita y demuestra cuán identificado estaba con sus ideales en el libro *Palabras en Guayana*, publicado en 1945. Existe también toda una correspondencia que se conserva inédita en el Archivo de Miraflores acerca de la actuación de Briceño-Iragorrry en Guayana: “Fiel a las consignas de mi Partido –señala MBI–, en cuyas bases programáticas se halla contenida la teoría del Gobierno que dirige el General Medina Angarita, y seguro de la comprensión constructiva del pueblo guayanés, yo he pedido a éste su decidida cooperación para abocarnos juntos a la obra de progreso que reclama esta rica región de la Patria” (BOC, 11. 97, 1944).

Las ideas motoras de la actuación de Briceño-Iragorrry en esta época que son la expresión de la política medinista, pueden ser sintetizadas de esta manera: en primer lugar, la necesidad de crear en Venezuela un régimen democrático fuerte y sólido, que permitiese alcanzar nuestra independencia económica y consolidar nuestra independencia política: “En este gran pedazo de la Patria venezolana, donde la tierra es ancha y caben millones de hombres deseosos de trabajo y de concordia, consolidará, como ayer consolidó en ella la segunda república que ganó la independencia, la esperada etapa progresista de la democracia que garantice, con la independencia política y moral, la independencia económica de los venezolanos. En Guayana duerme el porvenir de Venezuela” (Ibid. 92 y 93).

Tanto Medina Angarita como Briceño-Iragorrry piensan que el basamento de una democracia son los partidos políticos y por lo tanto se esfuerzan enormemente en la consolidación del Partido Democrático Venezolano.

Medina Angarita es muy claro en las razones que incidieron en la necesidad de crear el Partido Democrático Venezolano y así se lo comunica a su amigo en carta enviada el día 16 de diciembre de 1943:

Al auspiciar en forma decisiva la fundación de (sic) Partido Democrático Venezolano, lo hice convencido de que era de inaplazable necesidad para el afianzamiento de los principios democráticos que nuestras instituciones proclaman, organizar políticamente a la inmensa mayoría que ha venido dando apoyo entusiasta a la acción política de mi gobierno a fin de que se pudiera establecer la base imprescindible para una verdadera democracia, para un efectivo régimen de opinión mayoritaria y para que un gobierno acogido con el creciente beneplácito de todos los venezolanos, se perpetuase, como ya tuve la ocasión de proclamarlo públicamente, no en los hombres, sino en los principios y en los ideales. (...) Estoy seguro de que usted sabrá contribuir con su acción inteligente a hacer de esta organización el instrumento fundamental de la política democrática que estamos empeñados en implantar definitivamente en el país y que, con ese objeto, procurará en todo momento dar realce al partido, alentar el esfuerzo de los hombres que en él militan y conservar la mayor armonía y cohesión con sus organismos directivos (MAB, 1943).

Mario Briceño-Iragorry se dedica a esta tarea en Guayana con la misma fuerza e ímpetu con que Medina se lo planteaba. Para él, la fundación de un partido estaba directamente relacionada con el buen ejercicio de los valores democráticos. Esto se demuestra en el combate que se libra en el Estado Bolívar con motivo de la elección de los senadores y diputados que debían representar a aquel estado en el Congreso durante el siguiente período electivo y sobre las reformas que, se pensaba, debían hacerse a la Constitución Nacional. En la correspondencia de Briceño-Iragorry con el Presidente podemos apreciar que la confrontación electoral más fuerte se dio entre el partido Acción Democrática y el Partido Democrático Venezolano, confrontación que ambos personajes temían que pudiese desembocar en hechos violentos. El 22 de mayo de 1944 le escribe Briceño-Iragorry al Presidente: "En Ciudad Bolívar la campaña de A.D. ha llegado a límites de procacidad y exaltación provocadora. Yo he aconsejado a las autoridades y amigos la mayor calma frente a tales ataques, reservando toda acción ejecutiva para el caso de que procuren alterar el orden público. Y si llegaren a este extremo, descansen usted en la seguridad de que mi calma sabrá convertirse en oportuna violencia" (BMB,1944).

Comunica también en octubre cuáles eran las debilidades del P.D.V. en Bolívar: 1° falta de disciplina partidista, 2° una campaña muy agresiva de A.D. 3° una labor de ataque al andino... y 4° ... “el inconveniente de la falta de dinero, pues los gastos electorales en este Estado son excesivos, dadas la distancia y dificultad de los transportes.”

Sin embargo, persiste Briceño-Iragorry en la creencia de que las dificultades ayudan a fortalecer el ser de las cosas y pensaba que, de todos estos inconvenientes, el P.D.V. saldría robustecido: “Todas estas dificultades y lo caldeado del ambiente han sido, sin embargo, buena parte para que ya se vaya sintiendo el Partido. Está apareciendo cierta conciencia partidista que promete una futura estructuración masiva de nuestros (sic) movimiento” (Ibidem).

Como vemos, esta correspondencia demuestra ampliamente la confrontación electoral que se vivió durante esos años. En dicha confrontación el Partido Democrático Venezolano obtiene el triunfo y Mario Briceño-Iragorry declara que: “... he procurado hacer prácticos los ideales de dignificación y libertad que constituye parte de su vasto programa político”(Ibid, 1945).

Además de sus gestiones por la creación del Partido Democrático Venezolano, convierte en realidad una de sus tesis históricas más queridas: el restablecimiento de la autonomía y los derechos de algunos de los municipios del Estado Bolívar. Trabaja para reestablecer los ejidos que habían sido asignados al Callao y Nueva Providencia, los cuales habían sido arrebatados a estos municipios por el Código de Minas. Demuestra la ilegalidad de ese Código de Minas, adoptado en 1885 para complacer intereses personales que abiertamente iban en contra de la disposición del 28 de marzo de 1853. Escribe, entonces, una carta comunicándole la situación al general Medina el 13 de abril de 1944.

En un análisis del pensamiento histórico de Briceño-Iragorry hay que destacar que la mayoría de los historiadores no se preocupan, y mucho menos tienen la oportunidad, de llevar sus sueños a la práctica. Briceño-Iragorry está constantemente tratando de vincular sus ideas históricas con su práctica política y laboral. Esto ya lo había consegui-

do en Costa Rica cuando impidió que la *United Fruit Company* entrara en ese momento a Venezuela y lo vuelve a lograr en Guayana cuando escriba una legislación y la ejecute sobre los derechos de las municipalidades de Guayana.

Durante el gobierno de Eleazar López Contreras se manifiesta indignado en su epistolario porque se le han arrebatado atribuciones a la Municipalidad de Caracas. Rafael Caldera considera que Mario Briceño-Iragorry, por defender la idea de la Municipalidad, se olvidaba de los hechos concretos y de las pugnas políticas que estaban en juego: “Comencemos por el problema municipal. Ni siquiera –podría haberlo hecho– se limita a la exposición de la pura teoría municipal, desligada de los hombres que la sustentan. Esa pura teoría (la de su carta pública a Andrés Eloy) ya sería absurda en un hombre de acción y en historiador. Ud. sabe mejor que yo que los sistemas sociales no valen cuanto los hombres que las (sic) representan” (OBC, 20. 563, 1938).

La conciencia venezolana se había fortalecido en el Municipio, fenómeno que él aspiraba a que se siguiera produciendo a través de esta célula social en la Venezuela de la primera mitad del siglo XX que aún no había alcanzado ese objetivo. Y al terminar su período constitucional el 31 de diciembre de 1944, el Consejo del Distrito Heres sancionó el Acuerdo que sigue: “... Artículo 1° Tributar un VOTO DE APLAUSO al ciudadano Doctor Mario Briceño-Iragorry, actual Presidente del Estado Bolívar, como demostración de la gratitud del Consejo Municipal del Distrito Heres por haber propugnado y logrado se le restituyera a los Consejos Municipales del Estado Bolívar el ejercicio de su autonomía, magno y trascendental suceso que constituye un hecho histórico en los anales de su vida política y una conquista en la existencia institucional de estos Cuerpos” (BOC, 11.76).

Como vemos, su corta Presidencia en el Estado Bolívar nos habla de lo impregnada que estuvo su acción política de su ideario historiográfico. En este momento cabe nuevamente una pregunta de nuestra parte: ¿se ha beneficiado la historia con su separación del campo político y su ejercicio puramente intelectual y científico sin aplicaciones prácticas?

Por estas fechas Briceño-Iragorrry le expresa al presidente Medina sus deseos de regresar a Caracas donde su familia estaba reclamando su presencia.

Ocurre en enero de 1945 otro incidente relacionado con la riqueza de esta región que no deja de ocasionarle problemas porque son pocos los recursos del presupuesto nacional destinados a resolver sus problemas y, a consecuencia de ello, los guayaneses han desarrollado una conciencia autonómica que los hace desconfiar de las legislaciones provenientes del centro del país. Concretamente esto se presenta con más fuerza cuando surge una disputa por el beneficio que se puede obtener de la explotación de una mina de oro llamada “San Buenaventura”: “...el pueblo desea que el Gobierno declare zona de la mina de libre aprovechamiento o conceda un consorcio de vecinos para su explotación, lo cual se considera ventajoso en estos momentos de mala situación para los mineros”(BMB, 1945).

Sin embargo el Gobierno, por medio del Dr. Gustavo Herrera, quien actuaba como Ministro de Fomento, decide “suspender por el momento toda explotación en los terrenos correspondientes a la citada mina (...) hasta que el Ejecutivo Federal decida sobre la posibilidad de establecer en esa zona reservada, algunos de los medios de explotación que autoriza la ley de Minas y su Reglamento”(MAB).

Mario Briceño-Iragorrry, cónsono con sus ideales declarados ya desde Costa Rica, desea que el beneficio de la mina redunde en los habitantes de la región y no vaya su ganancia a manos extranjeras.

No sabemos cuál de estos sucesos influye más en su cambio de destino a Caracas, si su toma de partido por los mineros de Guayana donde no se muestra muy de acuerdo con el Ministro de Fomento, si sus peticiones para regresar a Caracas, o el final exitoso para el P.D.V. en las elecciones de enero de 1945. Luego de todo esto se le comunica que es necesario un cambio en la Presidencia del Estado Bolívar en febrero de 1945, por lo cual se siente muy halagado.

Para el 19 de abril de ese mismo año, Briceño-Iragorrry inaugura las sesiones de la Cámara del Senado como Presidente del Congreso. Cabe

destacar, en este momento, por su valor histórico, la elaboración por parte del Congreso de la *Ley de Protección y Conservación de Antigüedades y Obras Artísticas de la Nación* y la *Ley de Archivos Nacionales*. Las dos están firmadas por Briceño-Iragorry como Presidente del Congreso (BOC, 19. 456-467): “A este cargo había llegado por haber sido recomendada espontáneamente su candidatura por el Directorio Nacional del P.D.V. a la Asamblea Seccional del Estado Trujillo. El Presidente del Senado saliente, Manuel Egaña, los Senadores y por supuesto, el Presidente Medina Angarita vieron con agrado su designación” (BMC.29).

En mayo de este año serios nubarrones amenazaban la amistad que habían mantenido estos dos hombres durante largos años. Las causas de esto son analizadas por el propio Briceño-Iragorry en un escrito titulado: *Mi Presidencia del Congreso*. Ya el discurso de inauguración de las sesiones colocaba a don Mario en una actitud incómoda frente a los partidarios del general López Contreras: “Ellos creyeron aludir a la política del ex Presidente en la referencia que hacía a la expulsión de ciudadanos que autorizaba la Constitución de 1936” (Ibid).

En este discurso declara abiertamente que haría todo lo posible por hacer viable el proyecto de unas elecciones directas a las cuales concurriría todo el pueblo de Venezuela. Posición que a mi juicio lo distancia del ala conservadora del P.D.V. Empieza a ser visto como persona *non grata* por algunos miembros de ese partido y por supuesto es muy estimado por los miembros de la oposición a Medina que utilizaron esta bandera como su consigna más poderosa: “Ciertos debemos estar de que al renovarse por mandato directo del pueblo la Cámara de Diputados, éstos promoverán, como legítima consecuencia de su directa unión popular, una reforma encaminada a que el Presidente de la República sea elegido por sufragio directo de quienes representan en instancia definitiva la base soberana del Estado, como organización que persigue un determinado fin humano” (BOC,11.17, 1945).

Briceño-Iragorry manifiesta en su escrito *Mi Presidencia en el Congreso* que su candidato a la Presidencia de la República –Juan de Dios Celis Paredes– no coincidía con el del Presidente Medina, Diógenes

Escalante: “Fui yo uno de los primeros en hablar con él (Isaías Medina Angarita), y al abordarle la cuestión presidencial comenzó por reprocharme mi actitud divisionista, pues con mis actividades celistas dizque ocasionaba la ruptura de la unidad del partido” (BMC.34 y 35).

Luego, Briceño-Iragorry empezó a actuar con cierta independencia al intentar proponer proyectos de ley que no habían sido consultados previamente con el Ejecutivo y nos dice: “Esta actitud mía ofendió al Presidente, quien manifestó que yo era inconsecuente a su política porque me apartaba del sistema viejo de llevar a la Cámara sólo cosas tratadas de previa con el Poder Ejecutivo. (...) El Presidente me reclamó con enojo lo que él llamó *falta de colaboración* a su política” (Ibid. 37).

Luego, el 23 de mayo de ese año:

...se aprobó una moción por la cual se acordó el nombramiento de una Comisión que presentase mi plan de reforma que mejorase el trabajo de las Cámaras. Pregunté al Congreso si designaba él mismo la comisión, o si la Presidencia lo hacía. El Congreso dispuso que designase la Comisión, cuya presidencia yo mismo debía ejercer y, para completarla designé al Senador independiente Jovito Villalba, al Diputado de “Acción Democrática” Andrés Eloy Blanco y al Diputado pedevista Rafael Pizani. La nutrida barra, que supo apreciar el significado de aquella designación, la recibió con los más calurosos aplausos, mientras el pedevismo incondicional miró en ella una actitud de independencia que hubo de molestarle grandemente, y a las críticas de los compañeros se sumaron las del Presidente Medina y su Secretario Uslar Pietri (Ibid).

En el Documento *Mi Presidencia del Congreso* termina ofreciendo al directorio del P.D.V. “...mi renuncia de la Jefatura de la fracción parlamentaria...” (Ibid.39), y en la clausura de las sesiones extraordinarias del Congreso, el 25 de septiembre de 1945, no hay en su discurso ni una sola alusión al presidente Medina Angarita. En cambio, sí se destaca en él la importancia que el P.D.V. cumpliría en el destino futuro de los venezolanos.

Medina Angarita siguió gobernando con un Presidente del Congreso que actuaba con independencia.

Después de leer juntos estos testimonios es muy difícil dejar de preguntarse hasta qué punto esta independencia contribuyó al derrocamiento del gobierno de Medina. Decisiva no fue, porque en Venezuela, en el siglo XX, el Ejército tenía la última palabra. Imperceptible no creemos que haya sido para los venezolanos que observaban de cerca el debate parlamentario.

Tal vez ambos amigos se equivocaron. Confiaron demasiado en la fuerza de su gobierno y del P.D.V que soñaron indestructible en la escena política venezolana. No pensaron que había fuerzas más poderosas acechándolos para arrebatárles el poder que más nunca volvería a sus manos. Por eso no intuyeron que en 1945, más que en ningún otro momento de su vida, debían estar apoyándose mutuamente. Aunque Briceño-Iragorry sustentó en el mes de septiembre a Ángel Biaggini para la futura Presidencia de la República como la mayoría de los partidarios del P.D.V., su distanciamiento del general Medina era un hecho.

En octubre les espera a ambos la prisión. Se encontrarán nuevamente el 19 de octubre donde tendrán un encuentro fraternal y cordial, según palabras del propio Briceño-Iragorry:

Ya anocheciendo se abrió la puerta de nuestra prisión y apareció de nuevo el General Medina ... Un Oficial se dirigió a Uslar y a mí para decirnos que el General Medina quedaría allí con el General López Contreras y que nosotros pasaríamos a otra parte. Tomamos nuestros sacos y salimos. Antes de hacerlo, yo me acerqué a Medina y abrazándolo le dije: "Vea Ud., General, que cuando era del caso, yo fui como amigo a buscarle a Miraflores con mi leal amistad y por cumplir ese deber estoy con Ud. reducido a prisión". El debió entender que yo aludía indiscretamente por la violenta actitud suya conmigo, cuando me trató de inconsecuente por la manera decorosa como llevé la Presidencia del Congreso, rompiendo la vieja tradición de consultarlo todo previamente con el Presidente de la República. Medina respondió a mi abrazo y me dijo: "Yo sé quién eres tú, Mario" ... y nos separamos (BOC, 1. 12, 1945).

El general Medina sale exiliado de Venezuela; Mario Briceño-Iragorry se queda en el país con la promesa del gobierno entrante de que

sería respetada su persona. En ese gobierno cuenta con buenos amigos que le permitirán libertad de acción para consagrarse en paz, por algunos años más, al trabajo intelectual:

En la mañana del domingo 28 la Junta fue a visitar los heridos del Golpe que estaban hospitalizados, y Rómulo Betancourt dijo a mi mujer que iría a verme. Así lo hizo, en compañía del Mayor Delgado, del Capitán Vargas y de Raúl Leoni. Hablamos de mi prisión y me dijo que la Junta no abrigaba nada contra mí y que ella no era sino circunstancial, que nada debía preocuparme. Estuvo Betancourt amable y cariñoso en extremo. Por la tarde el Capitán Mario Vargas fue a hablarme de parte de la Junta Revolucionaria y me dijo que ésta había dispuesto darme la libertad y que me exigía no tomar parte en las actividades de Pastor Oropeza y otros que se empeñaban en revivir el medinismo por medio del P.D.V. Yo le hice la promesa de no inmiscuirme en política contrarrevolucionaria (Ibid. 20).

No corrió Briceño-Iragorry con la suerte de otros medinistas que salieron al exilio porque prometió no comprometerse nuevamente en política ni revivir el ideario político del gobierno derrocado. Con estas promesas nos encaminamos hacia una Venezuela que iba a tener como norte la libertad de expresión y de acción. Parece que detrás de todo esto hay un contrasentido. Iba a haber libertad, sí, pero sólo para aquellas posiciones que no recordaran un pasado, en el cual, de acuerdo con lo estudiado aquí, hubo momentos de brillantez imposible de negar. Mostramos nuevamente, entonces, la actitud histórica que Briceño-Iragorry mismo denunciaría posteriormente en *Mensaje sin Destino*: los venezolanos estamos constantemente negando nuestro propio pasado.

Briceño-Iragorry visitó al amigo desterrado en Nueva York en 1950. Éste no tuvo ningún inconveniente en recibir al Presidente del Congreso que se había mostrado con posiciones distintas a las suyas mientras ejerció ese cargo, en un momento que posteriormente se iba a rebelar tan delicado para su gobierno. Allí "... platicábamos sobre la historia y el destino de Venezuela" (BOC, 2. 473, 1953).

Ésta sería la última entrevista lúcida entre los dos amigos en un mundo muy distinto al que ambos se atrevieron a soñar, reflejado en *Palabras en Guayana*.

Posteriormente a Briceño-Iragorry le sería negada la visa para entrar nuevamente en Estados Unidos y afirmarí: “Si la Embajada Americana no me hubiese negado visa para entrar en Estados Unidos, yo habría ido con Delfín Becerra y Félix Lairé a acompañar en su lecho de enfermo a mi viejo e ilustre amigo General Isaías Medina Angarita” (Ibid. 471).

Termina así, con la imposibilidad de acercarse impuesta por poderes superiores, el diálogo interesante que sostuvieron estos dos personajes para la Historia de Venezuela.

Mario Briceño-Iragorry vería a Medina por corto tiempo antes de irse al exilio en diciembre de 1952, pero era imposible conversar “... ya era apenas una sombra de sí mismo, apagado el brillo de su mente por la cruel enfermedad” (BOC, 17. 380, 1954).

No sabía que correría una suerte parecida a la de su amigo, cuando moría Medina al poco tiempo de llegar a Venezuela en 1953. Le esperaba el mismo destino en 1958 a Mario Briceño-Iragorry. Tendría escasamente un mes y medio de encontrarse de vuelta en la tierra amada por ambos, cuando muere.

La solidaridad intelectual

Iniciamos un nuevo período que transcurre entre los años 1946 y 1948 en la Historia de Venezuela y con ello un cambio bastante violento en la posición que Mario Briceño-Iragorry había venido ejerciendo dentro de la política de nuestro país. Hasta este año el autor se había mantenido fundamentalmente de acuerdo con el gobernante o partido de Gobierno.

Desde este momento, otro rumbo totalmente distinto tomará su actitud política que irá de no participar en la vida política nacional en la Junta de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt a una oposición violenta a la Dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Su crítica a la Junta de Gobierno presidida por Betancourt y al Gobierno de Rómulo Gallegos está orientada hacia algunos aspectos legales que se trataron durante esos años y está expresada en sus artículos publicados en los periódicos *El Nacional* y *Hoy*. Dichos artículos llevan los siguientes títulos: “Acerca del amparo personal”, “La Ley y la injusticia”, “Palabras peligrosas”, “La policía de la conciencia”, “Autonomía Municipal” y “Prisión por deudas” (BOC, 18. 527-539, 1947). En todos ellos defiende la libertad que según él se atacaba de alguna manera en la Historia del Derecho venezolano o estaba siendo restringida por el Gobierno de esa época concreta. Defiende la ley del Recurso de Amparo, el régimen federal, la libertad de conciencia, la autonomía municipal, la protección económica del ciudadano al declararse en contra de la prisión por deudas y la independencia que tiene que tener la ley frente a la realidad existente: “Un sistema escrito que contenga principios ideales, a diario burlados por las autoridades, es preferible a una normativa que legitima el abuso de los hombres, pues cualquiera elige el alimento de la esperanza sobre la ruda certidumbre de no poder esperar ni contra la misma esperanza” (Ibid. 536).

Esta no participación en la vida política del país no quiere decir en absoluto aislamiento de la vida intelectual; al contrario, en estos años recibe dos galardones muy importantes que testimonian su importancia en ese terreno. En 1946 recibe el *Premio al mejor Libro en Prosa* creado por el Concejo Municipal por su biografía histórica *Casa León y su tiempo*, cuyo prólogo “Historia de un antihéroe” fue escrito por Mariano Picón Salas. Y en febrero de 1948 recibe el *Premio Nacional de Literatura* de manos de Rómulo Betancourt, Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno.

En el discurso “Función social de la palabra”, escrito por don Mario con motivo del agradecimiento del Premio Nacional de Literatura, destaca el tema fundamental que será objeto de análisis de este apartado: el tema del intelectual venezolano:

Hacia esas grandes figuras de nuestro mundo intelectual, que sufrieron el desdén de su tiempo y la hostilidad de quienes pudieron ser Mecenas para el impulso de empresas llamadas a decorar el panteón de nuestra gloria más legítima, quiero alzar mi pensamiento respetuoso en la hora de recibir el galardón que me confiere la República por precio de una obra que nada vale al ponerla en paralelo con la de aquellos que fueron víctimas de la sordidez y la desidia (BOC, 15. 86, 1948).

En este año también publica su obra *Vida y papeles de Urdaneta el joven*, intelectual brillante que murió en la Guerra de la Federación. Existe por tanto ahora una reflexión muy profunda acerca de la labor del intelectual en nuestro medio, expresada fundamentalmente en cuatro trabajos realizados en esta época: “Apuntes para un retrato de Pedro Emilio Coll”, “La muerte de Pedro Emilio Coll”, “Nuestros estudios históricos” y “Palabras para alabar a Luis Correa”, y en su Epistolario con Mariano Picón Salas le expresa en una carta las limitaciones fundamentales que tiene el intelectual venezolano para realizar un trabajo libre que le permita la verdadera expresión de su pensamiento:

Es decir, abrir caminos para que los hombres de letras conquisten un status independiente que les permita una situación decorosa en el movimiento del país y cuando se les llame a prestar servicios a la república, lo hagan después de una reflexión responsable y no constreñidos por una necesidad que los lleve a la claudicación. Que el intelectual pueda tener conciencia clara de que al servir está dando lo mejor de su capacidad con entera libertad y sin que esa aportación signifique compromisos con el régimen político imperante. Valdría decir, con palabras casi tuyas, caminar hacia la apolitización del intelectual en sentido de cuadros de partido, pues bien entendido tenemos que en el orden de la filosofía no podría sustraerse el intelectual de abrazar tal o cual fórmula política como solución al problema humano. El problema es difícil de determinar: el caso de Venezuela, donde la falta de sedimento de los partidos políticos en los planos de nuestro (sic) historia, ha hecho que los intelectuales, al igual de la masa toda, se hayan movido al impulso de los personalismos en turno (BOC, 23.166 y 167, 1948).

Publica también en el año de 1947 otros ensayos de importancia histórica como *Apuntes sobre los estudios Históricos en Venezuela y Los Corsarios en Venezuela, Las empresas de Grammont en Trujillo y Maracaibo en 1678*.

La solidaridad absoluta

Cuando se inicia el período de estos cuatro años (1948-1952), Briceño-Iragorry hace el balance de lo sucedido en Venezuela en el período del gobierno anterior, el denominado trienio adeco, y se muestra muy complacido con las personalidades que integran la nueva Junta Militar de Gobierno. Por ello acepta ser Embajador en Bogotá por un corto período de un año y tres meses. Escribe allí su famosa *Carta a Andrés Iduarte*, el 23 de marzo de 1949, donde expone su visión histórica del país para estas fechas:

La tragedia de Gallegos no es el resultado de una aventura de ambiciosos. Mire a los hombres que han acudido al llamado de la Junta Militar. Si gran categoría tiene Gallegos en las letras de mi patria, Augusto Mijares, actual Ministro de Educación, es paradigma de rectitud moral y claro exponente del pensamiento civilista de Venezuela. Atilano Carnevali es ejemplo de digna constancia cívica y de marcada honradez republicana; Juan de Dios Celis Paredes un pundonoroso militar a quien el sector más progresista que apoyaba a Medina indicó para la Presidencia de la República; el sabio Pastor Oropeza es orgullo científico de Venezuela y ciudadano de aquilatadas virtudes; (...) y tantos ciudadanos más que han entrado a ejercer funciones públicas, son hombres de honestidad inconfundible y tras de éstos, en sitio de consejo, estas figuras de primera calidad moral e intelectual –entre ellos su amigo el general José Rafael Gabaldón, demócrata impenitente– que prestan apoyo a las directivas del actual gobierno provisional (BOC, 11. 201 y 202,1949).

A su juicio, el gobierno del partido Acción Democrática había convertido a Venezuela en un gran “Manicomio” porque: “No hay sentido de proporción para nada. No hay prudencia ni calma para enjuiciar los hechos y exponer las doctrinas” (Ibid. 198).

Toda esta crítica al gobierno acción democratista del llamado “Trienio adeco” está contenida en parte en sus trabajos *Mentis a Rómulo Betancourt* y *En desagravio de Venezuela (Carta a Andrés Iduarte)*, pero además publica ese mismo año de 1949 una obra de carácter satírico, bastante cómica, sobre la realidad venezolana, titulada *Primera Parte de la curiosa historia del hallazgo del Pentateuco del Disparate según apuntes de un curioso que presenció el famoso descubrimiento*, y otra obra de carácter histórico, *La tragedia de Peñalver*, publicadas todas ellas en Bogotá.

En julio de 1950 renuncia definitivamente a la Embajada de Colombia porque la Junta Militar de Gobierno presidida por Carlos Delgado Chalbaud “venía incumpliendo los pasos necesarios para el restablecimiento de la institucionalidad” (RGC. 28).

Ese mismo mes funda la llamada “Unión Cívica”, que intenta restablecer los nexos entre el general Medina y sus seguidores, asociación que no cuaja en el acontecer político venezolano al cual le era muy difícil volver ya a los ideales del pasado medinista.

Dos años después del asesinato de Carlos Delgado Chalbaud, la Junta Militar de Gobierno decide convocar a elecciones para elegir una Asamblea Constituyente. Mario Briceño-Iragorrry encabeza junto con Jóvito Villalba las planchas de diputados al Congreso del Partido Unión Republicana Democrática. El 23 de noviembre pronuncia su conocido discurso “Al servicio de Venezuela” en el Nuevo Circo de Caracas.

El 30 de noviembre de 1952 se realizan las elecciones y el partido U.R.D., sintiéndose ganador, decide nombrar ese día a Mario Briceño-Iragorrry como Presidente de la Constituyente que, según el estatuto electoral aprobado por la Junta de Gobierno, iniciaría las gestiones para elegir al nuevo Presidente de la República. El gobierno desconoce el resultado de estas elecciones y expulsa de Venezuela a los líderes de Unión Republicana Democrática.

Hasta su exilio en diciembre de 1952, Mario Briceño-Iragorrry prosigue sus labores de intelectual e historiador como profesor en su cátedra de Historia Colonial en la Universidad Central de Venezuela y como

escritor en la gran cantidad de trabajos que analizaremos aquí. ¿Cómo podía Mario Briceño-Iragorry escribir tanto en un panorama político tan agitado y en el cual tuvo tanta participación activa? Son prueba de esto algunas de las obras que analizaremos en los siguientes capítulos. Esto solamente puede ser respondido si pensamos en su necesidad de cumplir con su vocación de historiador, de venezolano y en sus dotes personales para llevarla a cabo. Ese escritor tenía que comunicarles a sus lectores la importancia de la solidaridad en todos los campos de su acontecer histórico y por eso le era imposible callar.

Los liberales colombianos en peligro

Mario Briceño-Iragorrry viaja a Bogotá el 14 de febrero de 1949 para permanecer en ella como Embajador de Venezuela en ese país hasta julio de 1950 cuando “Presenta por cuarta vez su renuncia a la Embajada de Bogotá, motivada a su desagrado con un régimen que venía incumpliendo el ofrecimiento de dar los pasos necesarios para el restablecimiento de la institucionalidad. La renuncia es aceptada” (Ibid. 27 y 28).

Además de esto, la situación que se le presenta a don Mario en Colombia no fue nada fácil porque lo obligaba a tomar decisiones políticas de mucha importancia, debido a que estaban involucradas en ellas la vida de muchas personas. Cuando analizamos los informes diplomáticos de Briceño-Iragorrry a la Cancillería venezolana, tanto los de Centroamérica como los de Colombia, que trataremos de ahora en adelante, nos encontramos con un hombre práctico, observador profundo de los detalles de la vida diaria. No están ellos llenos de ideas morales que quieren ser explicadas e implementadas en la realidad como ocurre en la mayoría de sus obras, sino que revelan la frescura del observador de una realidad que en principio no tiene orientación moral ninguna y de la que el destinatario tiene que sacar sus propias conclusiones.

Realidad que impone una conducta rápida a ser seguida frente a ella y no una reflexión profunda que retardaría las consecuencias de la acción. Como la reflexión había sido hecha ya de antemano a lo largo de sus obras, las acciones se muestran sin que ésta las ahogue y les confiera su sentido de direccionalidad. Esto no quiere decir que don Mario no emita su opinión ante los sucesos presentados, sino que la urgencia y rapidez con que tienen que ser redactados estos informes diluye la carga reflexiva que se encuentra en el resto de sus obras.

No deja de estar presente en estos informes el conflicto de intereses que a veces ha caracterizado la historia de estos dos países. Un artículo del periódico *El Tiempo* escrito por Luis Enrique Osorio titulado “Venezuela Heroica” dice lo siguiente:

Si algo criticara yo a Venezuela en sus últimos años, a través de cinco administraciones, es su excesivo hermetismo, su aberración nacionalista, tan recelosa y tan reñida con el credo bolivariano, que tenía proyecciones continentales y dejó rotundas consignas de unión entre nuestros pueblos. (...) La nevera en que se conserva hoy la Carta de Quito es, sino una prueba, por lo menos una sugerencia para que mis conceptos se tengan en cuenta ¿Cuáles son los propósitos que tiene hoy Venezuela y que los demás países niegan? Si es el pensamiento de Bolívar lo que ella proclama, Colombia, como en la Guerra Magna, está dispuesta a secundarla. No saldrá de aquí el arresto, porque el alma de nuestro país tiene exceso de medida (BCM,1950).

Mario Briceño-Iragorry no tarda en contestarle el 17 de abril de 1950:

Ahora, si tú te pones a ver el panorama venezolano a través de la solicitud tomada por nuestro Gobierno y por nuestras entidades económicas frente a la unión aduanera recomendada en la Carta de Quito, generalizas para el juicio una posición particular. (...) Pero a Venezuela no se le puede pedir que renuncie a sus derechos de defensa económica en nombre de determinados principios así sean ellos por demás nobles y elevados. Desde que se firmó la Carta de Quito, nuestros organismos económicos mostraron reservas que obligaron al Gobierno de Gallegos a abstenerse de pedir su aprobación legislativa por las razones que en Bogotá expuso, en enero pasado, el doctor Manuel Pérez Guerrero,

Ministro de Hacienda de aquel régimen. Esta misma posición ha seguido el actual Gobierno de Venezuela. Y esa posición, clara y escuetamente la ha sostenido mi Cancillería en sus tratos con las Misiones diplomáticas de los otros países partes en Instrumento de Quito. (...) No, mi querido Luis Enrique, Venezuela jamás ha pecado de aberración nacionalista. Todo lo contrario, ha habido no sólo la presencia generosa de Venezuela en la oportunidad del dolor humano, sino también un desorbitado deseo de servir con que ha llegado a poner en riesgo las mismas fuerzas de la Nación. Por ello hoy nos empeñamos sus hombres en buscar la manera de abastecernos nosotros mismos, para alcanzar la feliz posición que Colombia cultivando un sano y laudable nacionalismo, ha logrado como fuerza creadora de prosperidad y de riqueza (Ibid).

En este fragmento trata una cuestión de singular importancia para la política internacional de la época. La actitud de Venezuela frente a los acuerdos interamericanos, como fueron la *Carta de Quito* ya mencionada, y otro problema también importante, la pertenencia de Venezuela a la Flota Mercante Grancolombiana, derivado de que Venezuela no quiso aceptar la *Carta de Quito*.

En cuanto a la *Carta de Quito* nos dice Briceño-Iragorrry en una entrevista que le hicieron en Colombia: “Y La *Carta de Quito*, que nos dice, señor Embajador? –Respecto a la *Carta de Quito*, debo manifestarle que desde su celebración es objeto de cuidadoso estudio por parte de los organismos venezolanos competentes. La diferente estructura económica de nuestros países y los reclamos de ciertas industrias venezolanas, determinaron al gobierno anterior a no solicitar su aprobación legislativa hasta tanto no se hubieran hecho estudios formales de la situación que crearía su vigencia, estudios en los cuales aún se ocupan los aludidos organismos” (BOC, 19. 322, 1949).

Cuando leemos el texto de la *Carta de Quito* (FPC 197 – 207) no podemos dejar de pensar en alianzas como la Unión Europea que tienen tanta vigencia actualmente. Sobre ella nos dice este autor: “¡Qué cita tan desafortunada con las estrellas tuvieron los tres importantes convenios (*Carta de la Habana*, el *Convenio Económico de Bogotá* y la *Carta de Quito*) suscritos en 1948! Sí, ciertamente, algunos de sus defectos

constitutivos han sido la causa de su perdición no lo es menos que, aun con ellos, recibido el necesario número de rectificaciones, habrían dejado su huella en los campos económicos mundial, continental y regional. (...) Sólo Colombia y Ecuador ratificaron la Carta de Quito” (Ibid. 98-101).

Mario Briceño-Iragorry continúa con la política ya establecida por el Gobierno anterior de Rómulo Gallegos. Venezuela se abstiene de firmar la *Carta de Quito* porque, en aquel momento –observa él-, la economía colombiana es más productiva que la de Venezuela y no sería conveniente la firma del convenio. Briceño-Iragorry observa que para ese momento Colombia tenía una economía más productiva que la de Venezuela porque se había concentrado en producir los bienes que necesitaba para su subsistencia, mientras que Venezuela importaba todo lo necesario.

Siempre es importante conocer al vecino y en estos informes aparece Colombia presentada en uno de los momentos más difíciles que ha tenido su historia: la época de la violencia, motivada esta situación por la muerte del líder del Partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948: “A raíz de los bochornosos acontecimientos ocurridos el 9 de abril de 1948 se ha desarrollado en todo el país una persecución incansable contra todos los ciudadanos afiliados al partido liberal” (BCM,1950).

Intenta el Partido Conservador disminuir la fuerza de su opositor –el Partido Liberal–, no por medio del libre juego de un debate político racional, sino por la intimidación violenta de sus miembros, que en muchos casos terminó con la muerte de éstos y, por consiguiente, con la venganza de los liberales que no tenían otra respuesta ante los hechos, porque los conservadores contaron en esta lucha con el auxilio del ejército y la tácita aceptación del gobierno colombiano.

El Gobierno no sólo no permite a los liberales expresarse libremente a través de la prensa sino que instrumenta, según Briceño-Iragorry, toda una política económica dirigida a restarle poder político a ese partido.

Sin embargo, los conocimientos que tiene la opinión pública acerca de estos sucesos son muy pobres debido a la escasa información comprobable de la situación que se estaba viviendo: "...creo mi deber decir una vez más a usted que la estricta censura oficial hace muy difícil la consecución de noticias veraces y que las fuentes que informan a esta Embajada nada han suministrado en concreto" (...) "varios documentos de índole política que circulaban clandestinamente en esta ciudad. Debido a la censura de la prensa es frecuente la aparición de esta clase de papeles cuya distribución es muy profusa..." (BCM,1950).

Esta ambivalencia en las informaciones (provenientes, a veces, de anónimos callejeros) se complementaba con el rumor que deforma los hechos ocurridos, pero que a la vez era junto con los papeles clandestinos una de las fuentes de las cuales se disponía. Sin embargo, frente a esta ausencia de información, Briceño-Iragorry nos expone su análisis de la situación que puede observar en los dobles que manifiestan en su conducta los políticos colombianos. Además de esto, Briceño-Iragorry expresa sus observaciones acerca de la astucia que tiene Colombia en la construcción de su imagen ante la opinión internacional.

Estos comentarios secretos no traslucen en las opiniones públicas del Embajador que siempre están inclinadas a fomentar la unión entre los dos países. Frente a estos hechos de violencia, la afluencia de ciudadanos colombianos que piden asilo y visas a la Embajada de Venezuela es bastante alta. Briceño-Iragorry otorga asilo político a quienes así lo solicitan ante la Embajada de Venezuela en Colombia.

Debido a esto manifiesta al Gobierno de Venezuela su posición como Embajador frente a los hechos que están ocurriendo. Briceño-Iragorry propone al Gobierno de Venezuela una política doble: por un lado, recibir a los liberales perseguidos por el Gobierno colombiano que soliciten asilo político en Venezuela y de esta manera disminuir las simpatías de los liberales colombianos por los acción-democratistas venezolanos; por el otro, había que mantener la cooperación con el gobierno de tendencia conservadora colombiana. Aunque considera que los conservadores son más peligrosos en una alianza con Vene-

zuela (por razones históricas que provienen de su actitud frente al Libertador), en este momento los conservadores están más identificados con la política que muestra la Junta de Gobierno presidida por Carlos Delgado Chalbaud. La situación es aún más grave para el Embajador porque en esta época se vieron involucrados algunos venezolanos que tomaron partido por el bando liberal, sobre todo los dirigentes de Acción Democrática. En septiembre de 1949 nos encontramos con el siguiente expediente firmado por Briceño-Iragorrry: *Acerca de visas negadas por parte de la Embajada en Bogotá a los Sres. Leoni, Carnevalli, y Dubuc*: “A fin de instruir a estos acerca de venezolanos cuya presencia sea inconveniente, pues algunos enemigos han burlado funcionarios consulares colombianos y obtenido tarjetas de turismo para entrar en esta República” (BCM, 1949).

La situación es tan compleja que se está pensando pedir el relevo del Embajador colombiano en Venezuela, por lo que Mario Briceño expresa que la gestión de dicho Embajador ha sido positiva para los dos países y que no sería conveniente en esos momentos un cambio del Embajador colombiano en Caracas. Incluso, el panorama es tan confuso que un periódico colombiano *-El Siglo-* llegó a afirmar que la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán fue planificada en Caracas, no en Colombia.

Como ya lo anotamos, en julio de 1950 Briceño-Iragorrry renuncia a la Embajada de Venezuela en Colombia. Una vez que esto ocurre, la política del Gobierno de Venezuela con respecto a los liberales colombianos perseguidos por el Gobierno conservador va a cambiar, ya que no se va a aceptar más exiliados en nuestro territorio. Esto es claro cuando le comunican a Manuel Osorio Menda, Encargado de Negocios ad-interim de los Estados Unidos de Venezuela en Bogotá, el 15 de diciembre de 1950, que “se abstenga de tomar decisiones de asilo” (BCM, 1950).

Podemos decir entonces que don Mario contribuyó en esos años a mantener una actitud humanitaria con los ciudadanos del país vecino que estaba inmerso en una ola de sangre. Estaba consciente de que estos liberales colombianos se identificaban más con la oposición po-

lítica al gobierno venezolano de Carlos Delgado Chalbaud que con su aceptación. Sin embargo, aspiraba que una política solidaria por parte del Gobierno de Venezuela podía hacer cambiar su antipatía hacia Delgado Chalbaud.

Pensamos por nuestra parte que Briceño-Iragorrry, conociendo a fondo lo que estaba sucediendo en Colombia, no podía soportar que hermanos nuestros estuvieran siendo asesinados impunemente y de allí su decisión de asilarlos. No podía recomendar al Gobierno de Delgado Chalbaud que se opusiera abiertamente ante la opinión internacional por los hechos que la represión política conservadora estaba ocasionando en Colombia, porque sabía que el Gobierno de Delgado Chalbaud contaba más con la aceptación de los conservadores que con la de los liberales, y eso hubiera sido un error político para el Gobierno de Venezuela que Briceño-Iragorrry representaba en ese momento.

Se vio nuevamente en una posición parecida a la que se encontró a finales de la Presidencia de Isaías Medina Angarita, representando a un Gobierno cuyos principios políticos (voto indirecto) no podía defender completamente porque entraban en conflicto con sus creencias individuales.

Confesamos que, ante la situación descrita, no es fácil hacer un juicio histórico sobre la conducta política de don Mario en este caso, como no ha sido fácil en todos aquellos momentos en que hasta ahora el autor se ha enfrentado a una situación límite frente a la política. Generalmente no asume una posición de rebeldía extrema que tal vez hubiera sido tratada en estos casos como la única francamente admisible sino, que en este capítulo, nos muestra una posición que concilia los principios políticos de la oposición liberal con los principios políticos conservadores del Gobierno de Venezuela por él representado. Pero la realidad política generalmente no admite matices y por eso el Gobierno de Venezuela prefirió, después de la renuncia a su cargo de Embajador, seguir ignorando los asesinatos de los liberales colombianos, negándoles el derecho de asilo porque los conservadores estaban definitivamente de su lado.

Briceño habla muchas veces en sus escritos acerca de su falta de habilidad para la política práctica; y, sin embargo, no se abstenía de participar en ella cuando creía que la situación lo requería. Esta dinámica de atracción y repulsión podría reflejar el juego siempre vigente entre las ideas que quería implantar y la resistencia de la realidad para aceptarlas: “Aunque las preguntas no hacen relación al escabroso tema de la política, empezaré por decir que soy y no soy político. Soy político en cuanto soy hombre. Ya Aristóteles nos definió a los bípedos implumes como *animales políticos*. Además, me gusta la cosa pública” (BOC,19. 278, 1952).

Recordemos que para Aristóteles la política se derivaba de la ética. Circunstancia que no suele tenerse en cuenta cuando se utiliza el vocablo político en sentido práctico.

De vuelta al mundo de **las solidaridades**

La solidaridad histórica

En estos cuatro años (1948-1952), Mario Briceño-Iragorry escribe cuatro ensayos donde resume claramente su posición historiográfica que ha ido delineando a través de su vida: “Ambito y razón del Humanismo Americano”, “La Leyenda Dorada” “Sentido y Función de la ciudad” y “El sentido de la tradición”. Todos ellos pasarán a formar parte del libro *Introducción y defensa de nuestra Historia* donde se encuentran otros ensayos como “Nuestros estudios Históricos” y la “Historia como elemento de creación”.

Solidaridad histórica porque la historia era precisamente la encargada de mantener los vínculos entre los seres humanos a través del tiempo. Es la forma más sutil y tal vez más difícil de solidaridad porque no cuenta con la vinculación estrecha que vivir el mismo tiempo histórico puede crear entre los hombres. Sin embargo, es la muestra más perfecta de decantación de la solidaridad. La solidaridad histórica expresa lo que ha quedado de esa virtud después que el tiempo ha intentado borrarla con la muerte. De la solidaridad histórica depende la idea de venezolanidad que se expresa a través de la patria, la nación y la cultura. El amor con que había sido construida una cultura tenía

que ser transmitido a través de la historia: “Para amar la Patria es preciso amar su Historia, y para amarla en su totalidad, es necesario conocer y amar su Historia total” (BOC,19. 278, 1952).

Este deseo de una historia total se ve reafirmado con la aspiración de un desarrollo armónico de ella hacia un único propósito al final de los tiempos: “La armonía en la verdad no puede ocurrir sino a la consumación del fin unitario del hombre, como problema central de la Historia” (BOC, 23. 575, 1955).

La historia total será uniformada por un canon valorativo definido por la cultura. Los fragmentos de las historias parciales pueden calzar –para él– en la historia total como piezas armónicas de un gran rompecabezas. Por lo tanto, la historia era una fuerza constructora de la nacionalidad y la cultura, y en concreto, el elemento primordial en la elaboración de la venezolanidad. La historia era un arma defensiva que al fomentar la solidaridad por lo nuestro impedía que los valores de otras culturas destruyeran los que eran considerados como propios. La historia tiene una función moral que impulsa a construir y no a destruir los valores de la nacionalidad.

En la lucha por los valores propios, la historia cuenta con el arma de la tradición que ha solidificado los valores históricos en el pueblo. La tradición es la fuerza defensiva de la historia: “Muchos se desdennan porque se les llame tradicionistas. Yo, en cambio, tengo a orgullo que se me moteje de tal y con clara responsabilidad de lo que ello representa, os hablaré esta tarde de la tradición como sentido creador y como fuerza defensiva de los pueblos” (BOC,4. 302,1951).

La creación –a su juicio– tiene que estar basada en una sensibilidad con respecto al pasado para poderse dar con autenticidad. La existencia de la tradición da a los pueblos atributos afirmativos que les permiten desenvolverse con gran seguridad y dominio de sí mismos en el concierto de las naciones, y no sólo eso, les da perspectiva para conocer cuáles podrían ser sus posibles planes de desarrollo futuro: “Carácter, fisonomía, tono, impulso, perspectiva representa para los pueblos una bien formada y defendida tradición” (Ibid. 314).

En Venezuela, la fuerza defensiva de la tradición debe ser inculcada tal vez con más fuerza que en otros pueblos porque estamos en un país donde “Se ha pensado que destruir es lo mismo que hacer algo” (Ibid. 304).

Al mismo tiempo, la tradición es la dinámica que defiende y crea a la vez. “Tradición es, por el contrario, comunicación, movimiento, discurso” (Ibid. 305). La tradición tiene que ser distinguida de la historia porque ella contiene valores no teóricos y sentimentales, es mágica. La tradición es la vitalización de los valores históricos dentro del pueblo, es la historia hecha carne. El historiador debe conocer estos valores, entenderlos y captarlos para poderse convertir en un verdadero intérprete del pueblo. Pero no siempre la tradición es buena. Ella, como la historia, va a necesitar ser orientada moralmente. El hombre de Estado y el sociólogo deben estar pendientes para que sobrevivan las buenas tradiciones. Ellas deben ser las que perduren en el desarrollo histórico. La tradición, como la historia, debe estar cargada para don Mario de moralidad:

*Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es necesario que sufra una prudente reelaboración que la quintaesencie para la ejemplaridad. El acto disvalioso, así se repita a través de épocas diversas, no debe mirarse en función ejemplar, sino como indicativo de la permanencia de un proceso que es necesario superar. Al hombre de estado y al sociólogo toca vigilar en estos casos la razón de su insistencia y solicitar los caminos del remedio. La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio de inventario. Lo que nuestros antepasados hicieron en contradicción con las normas universales de la moral y de la justicia, debemos explicarlo en sus causas, como hecho cumplido, pero no erigirlo en **canon** social ni aceptarlo por norma de vida (Ibid. 315).*

Es la necesidad de coherencia y de integración dentro del saber histórico lo que nos ha llevado a unir la necesidad de solidaridad que don Mario expresa hacia sus semejantes y su pasión por la historia, que es la manera de demostrar la unión necesaria con el tiempo pasado. La urgencia de coherencia e integración histórica manifestada por

él lo lleva a formular la necesidad de un canon histórico, idea que manifiesta con toda su fuerza en su libro *Mensaje sin destino*: “En cambio, a estas alturas de tiempo, ya debiéramos haber adoptado, espontánea y uniformemente, un *canon* histórico, no de creación oficial o policiaca, sino formado, repito, sobre estructuras ideales, arrancadas, a través de un proceso sedimentario de generaciones, del fondo de nuestros anales. Contra ese *canon* popular, nacional, al cual correspondería, como es lógico, una sensibilidad defensiva chocaría todo propósito forastero de desfigurar personajes y sucesos de nuestra historia” (BOC, 7. 171, 1951).

Este canon histórico, constituido por “un grupo vigoroso y uniforme de valores históricos”, es la expresión de que existe una razón histórica. La historia tiene una razón propia que justifica su necesidad de coherencia y lealtad a los valores de una cultura. Esto nos lleva nuevamente a decir que, para Briceño-Iragorrry, la historia es fundamentalmente moral.

Sin embargo, nosotros no siempre podemos apelar a la existencia de esta razón que da sentido a los actos de la historia. A veces los hechos históricos se muestran llenos de una locura racionalmente inexplicable. Él mismo afirma que Venezuela es un “Manicomio” porque no ha encontrado aún ni su razón ni su canon histórico. Pero, ¿se han conseguido estos en alguna parte? ¿en algún período histórico? ¿cuál sería la dosis de racionalidad necesaria en los caminos de la historia?

La solidaridad social y la igualdad

Desde la época de Juan Vicente Gómez, César Zumeta discutió con Briceño-Iragorrry porque lo consideraba poco inclinado a ser igualitario. Sin embargo, cuando la idea de solidaridad se convierte en fuente inspiradora de su pensamiento, sus ideas anteriores sufren una transformación, como lo vimos en el caso de su aceptación de la importancia del aporte indígena en el legado cultural de nuestro país. Al mismo proceso de reflexión es sometida la palabra igualdad. Cuando una sociedad tiene como base la virtud de la solidaridad social y todos los

hombres la cumplen, no importa que ellos se desigualen en el proceso vital. Se respetarán todos independientemente de las desigualdades que en el desarrollo económico o intelectual de su vida hayan desarrollado. Si una sociedad tiene como base la solidaridad social, la igualdad pasa a estar subordinada a ella.

Debemos destacar también que el término “solidaridad social” no es invención nuestra, sino que fue pronunciado por el propio Briceño-Iragorri varias veces en sus libros. Podemos citar un ejemplo de su etapa costarricense, momento en que inicia el desarrollo de su reflexión sobre la idea de la solidaridad:

Y esta labor hacia la solidaridad social representa en todo caso una renuncia a posiciones individuales, en mí ha representado algo más, pues he tenido que contradecir a amigos muy cercanos y me he expuesto a recibir calificativos desagradables de aquellos que confunden la tolerancia con el menosprecio de nuestras ideas personales y constitutivas. (...) Creo, e insisto en sostener, que la paz y la mutua colaboración social sólo pueden lograrse como fruto del equilibrio creador resultante del respeto profundo y hasta supersticioso que los hombres mutuamente tengan para su propia conciencia, unido a un respeto, quizá mayor, por la humanidad entitativa de sus semejantes (BOC, 22. 137, 1939).

Ante una noción tan clara sobre lo que la solidaridad significaba, la idea de igualdad no puede ser entendida en el pensamiento de nuestro autor si no se comprende la de “solidaridad social”. Sin embargo, ella merece una reflexión aparte dentro del pensamiento histórico de Briceño-Iragorri.

La sociedad estaba por encima del individuo, pero la búsqueda de la igualdad no debía llevar a la anulación de las posiciones ganadas por las diferencias de personalidad, ni de preparación de los individuos. Su posición ante el valor de la igualdad es objeto de reflexión en varias obras fundamentales de este período, tales como: *La Tragedia de Peñalver*, *Mensaje sin destino*, y en un ensayo: *Pequeño Tratado de la Presunción*. Analiza también el tema de la igualdad en ensayos realizados ya en el exilio, como *La hora Undécima (Hacia una teoría de lo*

venezolano). Para Briceño-Iragorrry, el concepto igualitario del venezolano, debido a que no tomaba en cuenta el concepto más importante de solidaridad social, trajo enormes tensiones a la sociedad, ya que la igualdad se identificó más con el querer sin medida del hombre venezolano que con su deber ser. Además, le sembró la anarquía que es objeto de su estudio en los trabajos que analizaremos aquí.

La forma como el venezolano ha asumido la igualdad nos ha llevado a una crisis de grandes consecuencias para la conformación del país que impide el desarrollo de sus valores fundamentales: “Entre nosotros cualquiera, en razón de la ausencia de categorías, sirve y se presta para todo. La lógica de la **historia**, madre de valores, ha sido sustituida por la magia de las corazonadas y por la suficiencia que miente la audacia unida al conformismo momentáneo. (...) La formación de esa *minoría egregia* no ha logrado posibilidad ni en nuestra Universidad, mero centro de instrucción y de técnica, donde poco se han mirado los verdaderos problemas de la cultura” (BOC, 7. 212, 1951).

Es quizás la discusión de este concepto, expresado fielmente en *Mensaje sin destino* y en las obras anteriormente mencionadas, uno de los aportes más originales de este autor a la historia de las ideas en Venezuela y a la crítica del pensamiento occidental. En este sentido se adelantó a su época y es quizás en sus reflexiones sobre este tema donde podemos ubicarlo como precursor del pensamiento de la última veintena del siglo XX. Los conceptos no deben ser aplicados de la misma manera en todas las sociedades porque éstas tienen diferente carga histórica. Ésta última, con sus distintos matices antropológicos, será la que decidirá si un concepto abstracto como la igualdad puede ser asumido dentro del todo conformado por los diferentes valores de esa cultura.

El análisis de esta idea lo vincula con las corrientes del pensamiento actual porque hay en su discusión toda una relación del concepto de igualdad con la realidad específica de la sociedad venezolana que, debido a su desarrollo histórico particular, no permite que un valor tan loable como ése, ansiado y buscado en los sueños de todos los hombres, haya podido instrumentarse de manera idónea en ella:

Sin embargo, el goce de la igualdad no ha correspondido entre nosotros a sus verdaderos conceptos y alcances. Olvidando muchos que la igualdad se limita a garantizar el derecho de identidad en las oportunidades, se la ha tomado como facultad para hacer todo lo que puede el vecino, sin parar para ello mientes en que las más de las veces ese todo está relacionado con una legítima categoría de cultura. Considerados por sí y ante sí los individuos como fuerzas capaces de guiarse a sí mismos sin oír consejos mayores, se ha producido el estado de autosuficiencia que hace de cada venezolano un candidato capaz de repetir, al recibir una elección para cualquier cosa, discurso semejante al del tonelero de Nuremberg (Ibid. 212).

Para él, la igualdad de oportunidades (que podemos identificar en el pensamiento de nuestro autor con la solidaridad social) debe ser una aspiración de todos los venezolanos.

No así la igualdad que, debido a la trayectoria histórica del país, se ha mal interpretado, y lejos de traernos beneficios, la mala aplicación de este principio nos ha acarreado crisis e inestabilidad.

Esa inestabilidad nos conduce a la búsqueda del orden social por medio de la fuerza. Hemos propuesto como valor “la igualdad”, pero no nos hemos dado cuenta de que primero es necesaria la solidaridad social. De allí que siempre estemos buscando al tirano autoritario o el gendarme necesario que ponga fin a esta situación, que no sólo tiene consecuencias sociales y económicas desastrosas, sino también consecuencias políticas: “Y junto con esa autosuficiencia presuntuosa, la anarquía deplorable que, oponiéndose al fecundo trabajo en equipo, provoca esa especie de desagregación de la mente colectiva, de donde han surgido las formas desequilibradas que dieron oportunidad a la intervención del *gendarme* como garantía transitoria de orden”(Ibid).

Se necesitaba mucha perspicacia crítica para cuestionar la forma tradicional en la que un valor como la igualdad se entendía en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, en pleno auge del pensamiento marxista, que aunque fue una herramienta muy importante para don Mario en el análisis social, no lo fue en el caso del valor de la igualdad.

A esto se suma que Briceño-Iragorry se encontrara en un país como Venezuela, donde un principio como ese había costado mucha sangre, y que tal vez era uno de los valores que más presente estaba en la conciencia del venezolano.

Independientemente de su acierto o desacierto en el cuestionamiento de la aplicación del concepto de igualdad en Venezuela, su sola discusión ya nos habla en este caso de la valentía crítica que tiene al exponer sus criterios sobre la sociedad venezolana, aunque para algunos pervivan en estas críticas del autor ciertas manifestaciones del pensamiento conservador estudiado ya por nosotros en su época gomecista.

La solidaridad económica

La preocupación por el desarrollo económico de Venezuela la va a manifestar don Mario no sólo en sus escritos sino también con su actuación pública. En 1951 "...asume la Presidencia del Comité de Defensa de la Economía Nacional, dirigida a proteger los intereses industriales del país en momentos en que se discutía el Proyecto de Tratado Comercial con EE.UU. El Gobierno prohibió el funcionamiento de la asociación y ordenó la detención y allanamiento del hogar de MBI" (RGC.28).

La solidaridad económica debe ser trabajada en Briceño-Iragorry basándose en varios puntos esenciales. Ella está fundamentada en una solidaridad telúrica, en la fidelidad que tiene que sentir el venezolano hacia la tierra cultivable. Esta solidaridad también ha entrado en crisis porque el venezolano no se aprovecha ya de su terreno como lo hacía en su historia pasada. Este es el tema fundamental tratado en su libro *Alegría de la tierra (Pequeña apología de nuestra agricultura antigua)*.

Históricamente, Venezuela había comprobado ser una potencia agrícola y, sin embargo, había perdido su poder por el descuido y el desamor manifestado por el hombre venezolano hacia sus campos. Venezuela producía el café, el cacao y el añil que fueron considerados alguna vez como los mejores productos del mundo; sin embargo, los productos agrícolas venezolanos habían dejado de competir en los mercados mundiales. El venezolano pasaba a depender de otras potencias, no se

autoabastecía, debía importar lo que necesitaba para vivir. La Guerra de Independencia se hizo en Venezuela porque Venezuela era capaz de producir lo necesario para vivir. En estos momentos tal hazaña sería imposible, por la dependencia que venía teniendo Venezuela hacia otros países en lo que se refiere a la alimentación de sus habitantes. Ante esta situación, Briceño-Iragorri observa algunos de los inconvenientes que han hecho empobrecer al agricultor venezolano y lo han desestimulado para que siga produciendo de la forma en que lo hacía durante el régimen colonial: “La preponderancia que en Venezuela han llegado a tener los comerciantes sobre los agricultores ha provocado el hecho inverso de que sean los intereses comerciales quienes marquen rumbos a la economía del país. Además de esto, el comercio, así esté en manos criollas, representa la extensión distribuidora de la industria internacional” (BOC, 8. 44, 1952).

Pero el sector comercial no sólo está por encima de los agricultores sino que también impide la industria de cualquier tipo. Frente a esto, don Mario propone una economía donde el Estado intervenga para solucionar estos problemas. El Estado tiene que convertirse en un potenciador de la actividad agrícola de sus ciudadanos, interviniendo racionalmente en los sectores que así lo requieran. El Estado debe invertir los fondos que provengan del petróleo para el desarrollo de la tierra. Don Mario observa con terror cómo Venezuela se está convirtiendo en un país que invierte toda su renta petrolera en productos y actividades que no aportan beneficio a sus ciudadanos: “No había razón para la pugna artificial entre riqueza petrolera y riqueza agrícola; ambas riquezas nuestras. Tampoco la minería y la alta industria destruyeron el sentido agrícola del yanqui. La razón de la crisis estuvo en que los dueños del dinero internacional necesitaban cambiarnos nuestras divisas por artículos que venían a arruinar los valores de la economía vernácula” (Ibid. 89).

De allí su visión negativa de la situación que el petróleo ha generado. Lejos de lograr el progreso de Venezuela la ha sumido en una decadencia moral que ha convertido al venezolano en un ser improductivo.

El venezolano prep petrolero, si es que se nos permite llamarlo así, era hasta cierto punto pobre pero era un ciudadano productivo para Briceño-Iragorry. El venezolano postpetrolero dispone de más dinero que el anterior, pero no lo produce. Este proviene de un producto que no ha trabajado como se trabaja la tierra.

Esta visión pasiva que tiene Briceño-Iragorry del petróleo es tal vez la misma que tuvieron muchos venezolanos de su época, que no se plantearon que el petróleo era un bien que necesitaba, para poder producir la máxima ganancia, de tanto trabajo como lo exigía el campo venezolano. El petróleo pudiera haberse convertido en un producto y no en una renta, si Venezuela hubiera ido preparando la infraestructura tecnológica para que así fuera, pero tal vez ese era un reto que escapaba a los hombres de la generación de don Mario que se limitaron a verlo como una renta y no como un producto con toda la infraestructura tecnológica y comercial que aquél requería.

Ante esta pasividad adoptada frente a su aparición en tierra venezolana, sólo quedaban dos actitudes, o la aceptación gozosa y hasta cierto punto frívola de la renta petrolera para disfrutarla, o la condena por la inclusión de un elemento extraño dentro de una economía y una sociedad que quedarían trastornadas para siempre y ya nunca serían las mismas. Don Mario optó por la condena. Pero creemos que la lección más importante que podemos extraer de este suceso para nuestros contemporáneos no está ni en la aceptación ni en la condena. De estas argumentaciones retóricas es muy poco lo que queda para el futuro de una nación. Ante cualquier fenómeno parecido que pueda ocurrirnos en el porvenir, debemos saber mostrarnos más creativos, más indagadores, menos pasivos ante un hecho que necesitaba de la aplicación de todos los talentos de nuestra vida intelectual.

La solidaridad venezolana

El término venezolanidad es tal vez uno de los ejes fundamentales para explicar el pensamiento histórico de Briceño-Iragorry en esta eta-

pa. Venezuela es para don Mario, además de su centro de reflexión fundamental, su pasión fundamental.

A través de sus escritos contagia esa pasión que, como el fuego de la hoguera, nos incita a estar juntos. Nos incita a resolver juntos todos nuestros problemas. No es extraño, entonces, que el discurso *Al servicio del pueblo*, pronunciado el 26 de noviembre de 1952 y que corona el itinerario de los años estudiados aquí, esté dedicado en “Homenaje al bravo pueblo de mi patria”.

Ese discurso fue tan contagioso que Briceño-Iragorri contribuyó a ganar las elecciones del 30 de noviembre de 1952, y si hubieran sido respetados los resultados de los comicios hubiera sido nombrado Presidente de la Constituyente. No habló en ese momento la demagogia que dice cualquier cosa porque ambiciona el poder, sino la voz que desde hacía mucho tiempo venía amando a Venezuela y en ese momento el pueblo lo reconoció. No en vano dijo entonces:

Yo tengo fe en las reservas morales de Venezuela. (...)

Para ese pueblo que aprende la lección del mañana, para ese pueblo que en persona de los niños rodea en las concentraciones de barrio las mesas de los oradores populares, más que para el pueblo que hoy puede ayudarme con su confianza y con sus votos, ha sido mi trabajo de escritor y de político. No miro la Nación como área de beneficio y de conveniencias, sino como espacio donde se mueve una comunidad, a la cual se ha negado continua asistencia de sus símbolos creadores (BOC, 11. 287 y 288, 1952).

Estos símbolos deben ser conservados por nosotros como “sagrados” porque son expresiones de una comunidad solidaria y unida. Además de ese carácter sagrado con que deben conservarse los símbolos que expresan nuestra nacionalidad, Briceño nos dice lo que los venezolanos debemos ser. Es decir, cuáles deben ser los caminos a seguir para poder esgrimir verdaderamente el calificativo de venezolanos. Sin embargo, este concepto de venezolanidad ha entrado en crisis porque, al estar en crisis nuestra relación con la historia, también está en crisis la nación. Estamos leyendo nuestra historia sobre la base

de interpretaciones extrañas que conspiran contra el sentido de nuestra nacionalidad.

Esta falta de conciencia histórica que ataca a la venezolanidad es aún más grave si tenemos en cuenta que en los años cuarenta y cincuenta llega a nuestro país un gran contingente de inmigrantes que, según Briceño-Iragorry, no iba a poder ser absorbido por una nación que todavía no había definido ella misma los perfiles de su nacionalidad: “Considero una necesidad abrir posibilidades a los inmigrantes, del mismo modo que deben darse honorables garantías a los capitales extranjeros. Estos aumentarán la riqueza con que aquéllos nos ayudarán a poblar el desierto. Además, tienen ellos derecho, en medio de la catástrofe de sus patrias de origen, a conseguir nueva patria donde rehacer sus vidas. Pero ¿podrá nuestro pueblo, sin riesgo de sus débiles y tan quebrantados atributos nacionales, asimilar la masas nuevas?” (BOC, 7. 231).

Expresa también que otros pueblos cercanos como Estados Unidos y Colombia tienen una continuidad observable en su proceso histórico. En ellos no se tiene en cuenta el bando o partido de los hombres que ayudaron a crear la nación para concederles su debido puesto en la historia, sino el aporte positivo a la nación como tal.

El año de 1952 escribe su libro *Aviso a los navegantes (Tradición, nacionalidad y americanidad)* que luego publicará en España en el año de 1953. Este libro es una voz de alerta para todos los hispanoamericanos cuya cultura se encuentra amenazada por la cultura norteamericana.

Aquí cuando analiza cómo el cine arrebató a los hispanoamericanos los resortes de la nacionalidad, no podemos dejar de pensar en el fenómeno de la globalización que intenta hoy en día uniformar el pensamiento de todos los países. Sobre esto oigamos lo siguiente: “Los empresarios yanquis buscan la difusión de un tipo de literatura que dé subalterna uniformidad al pensamiento del mundo. Como son ellos los dueños del dinero, consiguientemente pretenden dominarlo todo. (...) Las publicaciones sin categorías que lanza sobre nuestra América española el mercado editor de los Estados Unidos, están destinadas a

crear una conciencia uniforme y mediocre en nuestro mundo intelectual” (BOC, 8. 213 y 214).

Su preocupación por la infancia venezolana se revela en su inmenso deseo de que todos los niños venezolanos tuvieran un hogar. Le dedica a ello algunas de sus reflexiones donde expresa la importancia que el hogar tiene en el camino de salvación que deben emprender el niño y la sociedad venezolana: “Una nación llena de colonias-hogares demostraría ser una nación preocupada por la suerte de sus futuros hombres” (BOC, 9. 48, 1951).

Generalmente el intelectual, que es el encargado de concientizar a la sociedad con respecto a los peligros que acechan la robustez del pensamiento, es poco oído y comprendido por la sociedad: “El (intelectual) se sabía una conciencia vigilante de las necesidades y del decoro de la Patria” (BOC, 6. 283, 1951).

La sociedad llega incluso a expulsarlo de su seno, como ocurre con Rómulo Gallegos en noviembre de 1948 y con Briceño-Iragorrry, en diciembre de 1952. Esto tenía una larga historia en nuestro país, cuando lo mismo había ocurrido con Francisco de Miranda, Andrés Bello, Simón Bolívar. Pero a pesar de este exilio son estos hombres más venezolanos que otros muchos que dicen serlo y están en el país.

El matrimonio del intelectual con la política ha sido muy desgraciado; así parece que quisiera expresárnoslo don Mario a través de todos sus análisis de las figuras históricas que realizaron estas labores. La culminación de esto la sintetiza Rómulo Gallegos, cuya actuación política es analizada por Briceño-Iragorrry en su “Carta a Andrés Iduarte” con agudo sentido crítico, el 22 de marzo de 1949: “Gallegos, mi admirado Iduarte, no pudo o no supo gobernar. El descontento venezolano a la hora de su caída era algo espantoso. No una sino diversas conspiraciones estaban en marcha cuando el Estado Mayor, ante el imprudente y terrífico anuncio de una huelga general, lo depuso del mando” (BOC.11. 201, 1949).

Este análisis histórico no sólo estaba dirigido a la actuación de Gallegos sino a la del partido Acción Democrática, del cual afirmaba: “Pero

como no juzgo los hechos sociales por la unilateralidad de la actitud del gobierno hacia mi persona, puedo decir a usted que la conducta general del partido con los hombres de la oposición estuvo marcada por una intransigencia espantosa y muchas veces un inexplicable espíritu revanchista” (Ibid. 195).

Ya en agosto del mismo año tenía que defenderse de los ataques que Rómulo Betancourt hacía a su actuación personal y pública. En su “Mentís a Rómulo Betancourt” expresa: “Pero el señor Betancourt, hombre de tercas pasiones, olvida, cuando me cobra el hecho de haber aceptado hoy la representación de Venezuela que no acepté de nombramiento suyo, los viejos nexos de amistad que a él me unían, comprobados por cordiales cartas tuyas que se guardan en mi archivo y de la que podría dar fe en Bogotá mi querido amigo Plinio Mendoza Neira, antiguo Embajador en Caracas; nexos que si él no respeta actualmente, en cambio, yo sí he respetado, hasta el extremo de haber impuesto silencio a quien, creyendo halagarme, promovió en mi Embajada temas denigrativos de la personalidad de Betancourt” (Ibid. 213).

Empiezan ya sus problemas graves con el poder político que terminarán el 22 de diciembre de 1952, cuando él, el intelectual, tenga que dejar a Venezuela. Regresará sólo a morir en ella, pero no podrá intervenir más en la cosa pública, que al parecer está llena de sinsabores vitales para aquellos que quieran ejercerla con la condición de hombres de ideas en Venezuela.

El paisaje de **la angustia**

Como soy hombre aparte de grupos y partidos, carezco de pararrayos que me defiendan. Soy apenas yo mismo. Calumniado, negado, vilipendiado, incomprendido, desdeñado por la clase en que me formé, atacado por la familia en que nací, perseguido por los mismos a quienes ayer vigilé en espera de que brillase el lucero del alba, a veces creo que mis denostadores tengan razón de presentarme como una criatura despreciable

(BCD. 275, 1957)

La angustia del exilio

Este período que se inicia en enero de 1953 termina con su muerte el 6 de junio de 1958. La angustia es una condición del ser para Briceño-Iragorry y en esta etapa tiene mayor relevancia. Como tal no sólo responde a su parte racional expresándose como una idea, sino que también es un estado afectivo que impregna toda su aprehensión del mundo. La angustia es para él una respuesta objetiva de los hombres ante la realidad que se desenvuelve frente a sus ojos. Y el mundo se volvía cada día más renuente a practicar la solidaridad porque predominaban en él estructuras injustas que se basaban en el dominio por medio de la fuerza y del poder de unos hombres sobre otros:

Huyó certeramente la prédica de esa caridad de basura con que muchos creen cumplir al fin del año, como pulperos que cortan cuentas, sus deberes con el prójimo. Como buen buzo, bajó al fondo del problema y desnudó la farsa del orden en que se fundamenta la iniquidad. "No olvidéis que vosotros, los que gozáis la abundancia, sois los menos, y que la desesperación de la mayoría de quienes sufren puede poner fin con justicia a vuestra falsa tranquilidad (BOC,9. 38 y 39, 1953).

Esta angustia, proveniente en parte de la visión que tiene en esta última parte de su vida de su proyecto personal visto como un fracaso porque no ha podido poner en práctica sus ideales, contribuye a que identifique el fracaso del pueblo de Venezuela con el suyo propio. En *La Hora Undécima* nos dice:

En el proceso histórico venezolano ha ocurrido continuamente un delictuoso intento de segmentar la acción de los hombres. La ley creadora del esfuerzo continuo ha sido sustituida por un vano empeño de improvisar y de comenzar, a fin de que puedan aparecer los personajes actuantes como demiurgos investidos del secreto de las cosas. La inseguridad y el carácter fragmentario de este tipo de trabajo ha terminado por crear en el pueblo una conciencia de fracaso y de dolor, cuyo mejor símbolo sería la constancia sin fruto del esfuerzo de Sísifo (Ibid. Vol. 9, pág. 253, 1956).

La mención ocasional del mito de Sísifo nos muestra cuán empapado estaba Briceño-Iragorry de esta teoría. No del existencialismo ateo al cual criticaba constantemente, pero sí se muestra asiduo lector de las obras de Soren Kierkegaard y de Martín Heidegger.

Pocas personas y autores han enfrentado de manera tan franca el tema de la angustia y del fracaso como lo trató Briceño-Iragorry. Al hablar tan sinceramente del segundo, lejos de perpetuarlo, lo exorcizaba. No hay nada más terrible que engañarnos ante una realidad que muestra signos de descomposición repitiéndonos constantemente que no debemos hablar de eso. Actuando de manera optimista y evadiendo los fracasos.

En su historiografía había enfrentado estos fracasos describiendo la tragedia del triunfo del mal frente al bien en sus distintos héroes como el Regente Heredia, Fernando Peñalver y el joven Urdaneta. También escribiendo sobre una clase dirigente corrompida que manipulaba a favor de sus propios intereses el destino de su pueblo, como en la biografía del Marqués de Casa León. Pretendía lograr mediante esas descripciones una purificación en los lectores después de conmoverlos con la agudeza del conflicto. Catarsis era llamado este proceso en la tragedia griega.

Para poder expresar la importancia que la angustia reviste en este capítulo de la historia de Briceño-Iragorry, nos hemos visto precisados a desglosar únicamente con propósitos analíticos esta condición existencial del ser, expresando las distintas circunstancias que generaban su aparición en primer lugar y, luego, analizando los mecanismos, personas o situaciones que permitían sobrellevarla o hacerla creativa, porque como toda inclinación humana ella tenía también su lado oscuro, la locura y el suicidio.

La locura aparece expresada en algunos ensayos de Briceño-Iragorry de esta última etapa de su vida. Como en “Protección a la locura”, escrito en 1956 y contenido en su libro *Saldo*, y “La locura de Reverón”, que forma parte del libro *Cartera del Proscrito*, también del exilio español.

En cuanto al suicidio no es en absoluto descabellado hablar de ello aquí, ya que posteriormente a la muerte de nuestro autor fue llevado a la práctica por dos de sus amigos, Alirio Ugarte Pelayo y Augusto Mijares. Además, según testimonio de la Sra. Adela Leiba, quien pertenecía al personal de la Gobernación del Distrito Federal cuando el hermano de Briceño-Iragorry, Omar Briceño, se desempeñaba como Secretario de la Gobernación del Distrito Federal del gobierno de Pérez Jiménez, éste cometió suicidio también, debido a una enfermedad incurable padecida por su hijo y, según ella, también por las tensiones que se respiraban en esa entidad durante la última etapa del gobierno perezjimenista.

Mario Briceño-Iragorry no desconocía el peligro que la locura y el suicidio conllevaban y, por eso, estas formas desordenadas de manifestación de la angustia son objeto de algunos de sus artículos.

Por último, cuando Briceño-Iragorry en el año de 1958 tuvo frente a sí la idea del regreso a Venezuela aparece un problema diferente que ocasiona la proyección de su angustia: el retorno. Será uno de los últimos temas a tratar en esta biografía.

La angustia por el mundo

La imagen que tiene Mario Briceño del mundo de los cincuenta, muy acorde con los hechos ocurridos en la Segunda Guerra Mundial, es bastante sombría: “Desatadas las fuerzas secretas de la Naturaleza, el hombre se ha visto envuelto en la red laberíntica de su propio invento. Lejos de caminar con pie seguro hacia una hora mejor, el género humano siente cómo, en razón del propio poder de su espíritu analítico, camina a grandes pasos la senda de su posible destrucción” (BOC,9.185,1954).

Norteamérica, Europa, Asia y Africa no dejan de estar ausentes en sus reflexiones. Ellas, lejos de respirar un clima de paz y armonía, están impregnadas de la angustia que es objeto de estudio en este capítulo y que es transmitida al lector.

Briceño-Iragorry fue más que nunca en esta etapa un ciudadano del mundo. Esto le permitía hacer comparaciones que revelaban mucho su pensamiento histórico y los conceptos con base en los cuales lo estructuraba. Comparaba el coloniaje de los habitantes de Africa en los años cincuenta con los habitantes de Hispanoamérica a principios del siglo XIX y nuevamente nuestra Colonia había sido mejor que la que actualmente vivían los africanos. Pero se tomaba en cuenta sólo el punto de vista del criollo.

Por su lectura asidua de la prensa se interesaba en los sucesos mundiales que acaecían en todos los lugares del planeta y no sólo los analizaba sino que se volvía un personaje dentro de ellos y planteaba las posibles soluciones o consecuencias que estos pudieran tener para el futuro.

El mundo que transmite en estos artículos es el dividido por la postguerra en dos bloques irreconciliables: el marxista y el capitalista. Respondiendo a su condición de pensador social no cae en los maniqueísmos transmitidos por los medios de comunicación capitalistas que consideraban que los males del mundo por esas fechas eran responsabilidad de la teoría y praxis del Marxismo.

Esta propaganda capitalista llega incluso a tildar de marxistas a las conductas cristianas más auténticas porque el desprendimiento y la solidaridad no concuerdan con las políticas del capitalismo. Piensa que no existe en el mundo una táctica adecuada para combatir el materialismo marxista. Para Briceño-Iragorry, la única táctica consistía en eliminar la abismal diferencia social que existía entre los hombres que con su sólo presencia llevaba a las clases bajas a la revolución para lograr un mundo mejor: "Contra el comunismo sólo existe el remedio de adelantarse a curar la desesperación en que vive la parte no beneficiada económicamente de la sociedad. Lo contrario es mantener un juego falso" (BOC. 9. 151-152, 1954).

Hace uso entonces de su conocimiento del mundo capitalista, denunciando los males de este sistema al que, según él, le quedaba poco tiempo de vida. La sociedad norteamericana, líder del mundo capitalista, tenía dentro de sí el cáncer del racismo que la estaba carcomiendo (BOC,16. 49-55, 1955) y, por lo tanto, debía resolver estos problemas antes que intentar el dominio del mundo por medio de la compra de las conciencias de los pueblos más débiles.

Los ideales de democracia y libertad que eran predicados por el mundo capitalista, como sus sustentos primordiales, no eran creídos ni practicados por la gran mayoría de sus políticos y hombres comunes. Después de la Segunda Guerra Mundial y toda la injusticia que ella había esparcido (BOC 16. 57-60, 1956), el mundo no podía volver a ser el mismo que había sido antes si no se sometía a un proceso de reflexión que condujera a una purificación del género humano.

Podemos hacer reflexionar a los hombres por medio de la angustia acerca de su materialidad y la falta de sentido en que viven. Por ella se

mueven todos los cimientos del ser, conmoción que lo lleva a la aceptación del Evangelio. De esta manera se puede lograr para él un cambio de rumbo en la historia del mundo.

La angustia por Hispanoamérica

Ya hemos dedicado otro capítulo al estudio de la solidaridad hispanoamericana en esta biografía. La necesidad de una América unida fue una constante en el pensamiento histórico de Briceño-Iragorry, que volveremos a analizar ahora bajo la óptica de la angustia.

En cuanto a su visión hispanoamericanista, él reconocía que en este sentido era heredero de muchos hombres que habían trabajado en nuestra América: Simón Bolívar, José Martí, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Benjamín Carrión, Baldomero Sanín Cano, Francisco García Calderón, Gabriela Mistral y Joaquín García Monge entre otros (BOC, 8. 151, 1953).

La visión hispanoamericanista de estos hombres no había podido llevarse a la práctica y, como consecuencia, eran “nuestros pueblos angustiados” (BOC, 8. 301). Esta angustia proviene además de otra serie de causas que analizaremos a continuación.

En primer lugar radica en la existencia de una mentalidad de Colonia en Hispanoamérica que impide visualizar, analizar y solucionar los problemas en función de sus necesidades y deseos: “Pero las modestas aspiraciones de nuestros pueblos no coinciden con el modo de obrar del imperialismo” (BOC, 8. 283, 1953).

Sin embargo, el hispanismo tan profundo de don Mario no le permitió ver que nuestra mentalidad colonial tiene sus orígenes históricos en nuestra dependencia de España. Bajo su dominio pasamos más de trescientos años y cuando ella desapareció tuvimos la necesidad de buscar otra potencia alrededor de la cual girar y esta fue los Estados Unidos.

Nos costó mucha sangre nuestra Independencia política, pero no son los baños de sangre los que hacen libre a un pueblo sino su intencionalidad constante de resolver problemas de acuerdo a su propia identidad porque solamente desarrollándola podrán adquirir direc-

cionalidad las acciones de los pueblos. Briceño-Iragorrry tenía clara conciencia de como se combate el colonialismo, pero no pudo ver cuál era su origen primigenio porque la semilla anticolonial que nació en los cabildos, aunque fue contagiosa en la época independentista, no fue lo suficientemente poderosa para borrar la mentalidad colonialista que España sembró en América Latina. Sin duda alguna esa semilla era nuestra, nos legó muchos bienes, pero todos dispensados bajo la mentalidad de colonia que aún no hemos podido erradicar.

En los años cincuenta, América Latina actuaba como una “rodaja” de Estados Unidos. Para Mario Briceño, se trataba de una circunstancia que no sólo era propia de esa época sino que había tenido antecedentes muy claros desde que Hispanoamérica se independizó de España: “Por vía de ejemplo basta recordar como en 1931, el Ministro norteamericano conminó la renuncia de la presidencia de Guatemala al General Manuel Orellana, porque éste no confirmaba nuevas concesiones de tierras a la United Fruit Company; sin que faltase en Venezuela el ejemplo de la violenta intervención del Ministro norteamericano en el caso de la multa impuesta a la New York and Bermúdez Company, financiadora de la revolución levantada contra la política nacionalista del Presidente Castro” (BOC,15. 347, 1957).

A mediados de los años cincuenta Estados Unidos le está ofreciendo un supuesto “respeto” a Hispanoamérica a través de una comunidad americana liderada por la idea de Panamericanismo. No sólo Estados Unidos mantenía una actitud colonialista en los años cincuenta sino también es señalada Francia y, curiosamente, España, la cual mantenía una actitud colonialista con respecto a nuestro idioma y se manifestaba poco comprensiva con nuestro mundo hispanoamericano. Pero a pesar del colonialismo que pudieran ejercer otras potencias en el mundo, es Estados Unidos la que quería ser única en el dominio del planeta y ante ella tendrán poco qué decir el resto de las naciones que manifestaban intenciones colonizadoras.

Como armas de lucha contra los antivalores del materialismo que el capitalismo enseña, Briceño-Iragorrry le propone a hispanoamérica los

valores que se encuentran expresados para él en el idealismo hispánico del Quijote y en el disfrute de la vida que los españoles –a pesar de tener un país bastante pobre en los años cincuenta– le expresan haciéndole más liviana la carga de su exilio.

La angustia por Venezuela

La mejor manera de lograr una unión entre los países hispanoamericanos era fomentando el nacionalismo de cada uno de ellos de manera de clarificar los atributos de su esencia. En Hispanoamérica, el nacionalismo arranca de los deseos más profundos del pueblo, tiene “profundas raíces psicológicas”, como reconoce *The New York Times* el 19 de agosto de 1952 en un artículo citado por don Mario titulado “Latin-American Nationalism” (BOC, 8. 279, 1953).

El nacionalismo no constituye un concepto que excluya a las naciones de los nexos que puedan tener con sus iguales en cualquier parte del mundo. El nacionalismo para Mario Briceño-Iragorry, además del amor por la patria, implica vínculos profundos con los países de Hispanoamérica e incluso con países de otras partes del mundo. Pero sí se opone al Imperialismo o dominio de unos países sobre otros.

La angustia que Briceño-Iragorry siente por Venezuela se debe a que, por numerosos motivos, el nacionalismo venezolano está siendo aniquilado por intereses foráneos que aprovechándose de la complicidad de las clases dominantes lo están llevando a su destrucción. Entre las circunstancias que a su juicio estaban aniquilando el nacionalismo venezolano figuran: 1. el interés de lucro que manifiestan otras potencias hacia nuestro territorio que no permiten planificar una economía que satisfaga nuestras necesidades sino que propician una economía en relación con los intereses de otros; 2. los políticos, que debieran estar conscientes primero y luego evitar la presencia del pirata en nuestro suelo, son los primeros que están ciegos frente al fenómeno y no toman ninguna medida con respecto a la protección de nuestra nacionalidad. Ellos no defienden los verdaderos intereses de nuestro pueblo, por lo que son los responsables de la tragedia, y 3. además no

solamente los políticos conspiran contra el nacionalismo venezolano, sino que toda la clase dirigente está vendida o cegada por intereses o valores falsos que destruyen la esencia de la nacionalidad.

Briceno-Iragorry siente que estas tres causas, que han tenido manifestaciones en las distintas etapas de nuestra historia, se agravaban para Venezuela en el mundo de la postguerra, porque la dictadura de Pérez Jiménez representaba desde el poder todos los puntos antes señalados en su doctrina del Nuevo Ideal Nacional: “Se pone, también, de resalto en estas páginas el burdo lizo antihumanista que distinguió al tejido aspérrimo que la dictadura quiso bautizar con el vago mote de *nuevo ideal nacional*” (BOC, 15. 239, 1958).

Para él, este discurso fomentado desde las altas esferas del poder es una máscara que disfraza los más turbios intereses que pretenden borrar nuestros valores y entregarnos en manos del extranjero: “Tal es la fuerza que los principios nacionalistas han cobrado en esta hora crucial de nuestro proceso histórico, que los mismos que entregan el país, se sienten obligados a construir sofismas que les permitan exhibirse ante el pueblo como inspirados en programas de finalidad patriótica. No pasa día sin que se invoque la austera memoria de Bolívar para esta vergonzosa comedia de ribetear de pseudo-patriotismo la vestimenta con que se pretende cubrir la entrega dolorosa del país a intereses contrarios a la venezolanidad” (BOC, 11.384 y 385, 1953).

Este discurso constantemente alude a la figura de Bolívar en los actos públicos de manera hipócrita, olvidando –según MBI– las verdaderas enseñanzas del Padre de la Patria. Podríamos en este momento decirle a don Mario que lastimosamente esto no lo ha hecho sólo el gobierno de Pérez Jiménez, sino que Bolívar ha sido utilizado como bandera por muchos políticos a lo largo de toda la historia de nuestra patria. En algún momento apuntó:

Por alcanzar la independencia y libertad para sus conciudadanos, Bolívar sacrificó su tranquilidad y su reposo, y sacrificó, también, en el orden material, sus grandes riquezas personales. Los que se dicen hoy sustentadores de sus ideas en el área de lo nacional,

sacrifican la libertad y la dignidad de sus conciudadanos y el decoro y la independencia de la Patria, a fin de asegurarse el goce de bienes sin decoro, hechos con el sacrificio del pueblo (BOC,15. 274, 1954).

La principal falla de esta ideología que se propaga desde el poder es su acento en el aspecto material de la vida, sin tener en cuenta las necesidades morales y espirituales del hombre venezolano: “Hoy sobra lujo, sobra técnica, sobra comodidad, sobra todo lo que puede desearse en el orden material. En cambio, falta la palabra en la Venezuela sin luz de este trágico momento de su historia” (BOC, 15. 255, 1953).

El nacionalismo está siendo desvirtuado porque se le asimila al fascismo de Hittler y Mussolini. Entonces, lejos de considerarse algo positivo, se piensa que ser nacionalista es un defecto que conduce a privar de la libertad y aislar a los pueblos. Frente a la crisis del nacionalismo en Venezuela propone formular una teoría de la nacionalidad que exprese las directrices fundamentales a seguir por los venezolanos ante el derrumbamiento del país. Convertir la angustia que le produce esta crisis en una “experiencia creativa” que pueda iluminar los senderos de sus semejantes es el objetivo de todo este período final de su vida: “Jamás he pretendido escribir con olvido de mis propias fallas. Quizás nada me ha enseñado tanto cuanto me han enseñado mis errores. Con ellos por delante, he mirado a la posibilidad de una actitud que me ayude a convertir la experiencia de mi angustia en alegre enseñanza que beneficie a otros” (BOC,9. 202, 1956).

Al formular teóricamente estos principios iluminaría la conciencia del pueblo para encontrar el verdadero camino de la nacionalidad, para hallar su verdadera misión dentro de la historia. Teoría clara proveniente de una opresión en su ser. Los momentos más difíciles debíamos convertirlos en experiencias enriquecedoras para nosotros y para los demás. Del sufrimiento y el dolor proviene la clarificación de nuestro ser, podría ser una de las más importantes enseñanzas de la teoría de la nacionalidad.

El hombre venezolano es similar al resto de los hombres del planeta. Su singularidad proviene del desenvolvimiento peculiar que ha tenido dentro de su historia en un contexto geográfico determinado. En la teoría de la venezolanidad el eje fundamental lo constituye la historia, pero además de ella existen tres conceptos que contribuyen a su definición: pueblo, patria y tradición que ya han sido tratados en la “solidaridad venezolana” cuando analizamos los puntos principales de su libro *Mensaje sin destino*.

Hacer una teoría de la venezolanidad implicaba también formular una teoría de pueblo, que es el que encarna los valores de la nacionalidad. El pueblo venezolano se encuentra en crisis, no tiene objetivos claros y no sabe hacia dónde camina. Tampoco consigue elementos que lo compacten y le den forma para tomar las decisiones necesarias dentro de su propia historia. Sólo logrará entender la teoría de la venezolanidad a través de una educación que le enseñe valores morales acordes con su propia dignidad.

Los defectos fundamentales del venezolano

En estos años (1953-1958) hace un análisis profundo de los problemas de la sociedad venezolana que se revelan, sobre todo, en las conductas poco generosas de sus hombres quienes prefieren el bien individual por encima del bien común. Muchas de ellas ya habían sido vistas antes por él, pero en esta época, fruto del desasosiego que le produce el exilio, pareciera que el punzón del crítico de que disponía Briceño-Iragorrry para analizar a Venezuela se hiciera más agudo y necesitara resaltar más los defectos que habían conducido a la sociedad venezolana –según él– a ser la representación de una fiesta satánica en la época de Pérez Jiménez. El dictador no era un fenómeno aislado en la Historia de Venezuela para Briceño-Iragorrry. Había habido intentos anteriores de los militares por adueñarse del poder, como sucedió en los años de 1945 y 1948.

Esta permanencia de la fuerza sobre la razón en la Historia de Venezuela fue garantizada por una serie de defectos del venezolano que, de no superarse en el futuro, impedirían su salvación. Como su maestro San Agustín, MBI pensaba que la historia era el camino que podía hacer posible la salvación del hombre. Por eso propone constantemente la necesidad de que ésta fuera moral y señalara a los hombres el cami-

no a seguir. Además, como en el *Águila de Hipona*, existe la reflexión sobre el mal dentro de ella y señala con detalle los defectos que impiden la salvación del mundo y, concretamente, de los venezolanos. Su impaciencia ante la ceguera del venezolano respecto a estos defectos y el poco interés que muestra –según él– en resolverlos, genera en parte la angustia que se manifiesta en este capítulo.

Comenzaremos analizando la envidia; por ella, el venezolano prefiere mantenerse en la mediocridad, porque cualquier cualidad que lo hiciera superior a sus semejantes podía hacerlo blanco de ella. Si demostraba ser superior a los demás la maledicencia se encargaba de enrarecer el medio que lo rodeaba para hacerle así irrespirable el ambiente: “Mas, las nuestras son pasiones mezquinas, cobardes, de eneldo y mostaza, como la cuenta de los fariseos. Pasión para desvestir méritos a los hombres que puedan rivalizar con nosotros en la carrera de la política, de las letras, de las profesiones científicas, aun del magisterio sacerdotal” (BOC, 19. 246). La envidia ha tenido incluso un tinte generacional. Las generaciones mayores no han visto con aceptación y beneplácito las propuestas de las juventudes llamadas a reemplazarlas: “Para mí sólo reclamo como hombre de letras dos méritos: haber dedicado a mi patria la totalidad de mi esfuerzo intelectual y no haber sufrido el complejo de pequeñez que los hombres mayores de Venezuela –Dios salve el recuerdo de Pedro Emilio Coll y de Luis Correa– han sentido hacia las generaciones llamadas a reemplazarlos” (BOC, 21. 314, 1957).

Todo lo cual no permite que el país esté abierto a la fuerza nueva y renovadora de la juventud que trae ímpetus e ideas para su transformación. Nuestra marcha se ha anquilosado debido a esta característica.

Cuando, por alguna circunstancia, el medio se muestra benévolo y el venezolano puede vencer las adversidades del ambiente con el triunfo, no ayuda a que otros puedan tener la misma suerte que él sino que aplica la teoría del yunque y del martillo varias veces narrada en sus libros que nos dice que el sufrimiento que yo soporté tiene que ser soportado por los otros.

Continuaremos con la irresponsabilidad que se ha apoderado del venezolano. No se siente obligado a comprometerse con los actos que realiza y mucho menos acepta pagar el precio de una mala acción; esto se refleja sobre todo en el problema del peculado que es cada día mayor en el país. Nadie es responsable por el dinero de la nación que puede ser despilfarrado en cualquier bagatela innecesaria: “Los resortes de la moralidad pública han sido totalmente quebrantados. En Venezuela los hombres han llegado a irresponsabilizarse totalmente. Hoy ya nadie se cuida de simular las fuentes de las fortunas mal logradas” (BOC, 20. 251,1957).

La irresponsabilidad individual se convierte en irresponsabilidad social que se traduce en la falta de sentido cívico que expresa el pueblo venezolano. Este defecto se ve agravado por el hambre, el analfabetismo y el autoritarismo presentes en nuestra sociedad.

La sociedad venezolana está basada en la mentira. No somos adictos a la verdad porque ésta exige responsabilidad y trabajo. La sinceridad, virtud indispensable para un desarrollo democrático, como ya había dicho Briceño-Iragorry en *Temas Inconclusos*, cede su puesto a la mentira, que tiene su trono propio: “Sobre una sociedad corrompida por la mentira, no se puede construir nada válido. Ayer hubo falsedad en discursos y palabras de los gobernantes. Hoy la falsedad trasciende a todo. (...) Todo conspira en Venezuela al endiosamiento de la mentira. Todo se rinde al poder disolvente del dinero” (BOC, 20. 166, 1957).

Nuestra sociedad carece de conciencia moral. No tiene idea del significado de esa palabra porque no posee ninguna estructura que intente dirigir la conducta individual y social hacia valores espirituales superiores. Para Briceño-Iragorry, como hemos repetido muchas veces en esta biografía, la fe en un orden sobrenatural era indispensable para lograr un orden en la sociedad humana y concretamente en la venezolana, pues sin Dios ésta iba a ser conducida al caos.

Todos estos defectos están presentes en un pueblo que no piensa, que no está consciente (ni quiere estarlo) de sus males morales. Vive el pueblo venezolano una vida superficial que no le permite reflexionar

acerca de estos. Ello incluso ha propiciado una historia y un tipo de liderazgo acordes con esta inexistencia de la moralidad.

Por eso no puede hallar uno de los remedios fundamentales para su mejoramiento: el análisis introspectivo. Para él, éste era el primer paso necesario para su salvación: “Yo considero necesaria una revolución en nuestro país, pero los dirigentes potenciales de dicha revolución necesitan fuego en el corazón y no teas incendiarias en las manos. Por eso te hablé de la necesidad de un análisis introspectivo; que descubra a cada quien sus errores y le capacite para la obra salvadora futura” (Ibid).

El hablar de nuestras fallas era para él el inicio de un proceso de recuperación. Pensaba que si encontrábamos cuáles eran nuestros defectos fundamentales y les buscábamos remedios, no tardaríamos en encontrar una salida. Pero, como aún el pueblo no había asumido sus características fundamentales, en Venezuela se había llegado a respirar un clima de podredumbre que lo llevaba a exclamar: “Existe tanta podredumbre en nuestro desgraciado país, que sólo del derrumbe gravitatorio de la podre puede esperarse una oportunidad de salvación” (BOC, 23. 360,1955). “Lo que de allá cuentan da la impresión de vecindad a un pozo séptico donde alguien estuviese buscando una cosa perdida” (BOC. 22. 140, 1955).

La transformación de **la angustia**

La angustia no debe convertirse en locura. Al contrario, puede transformarse en una fuente de creación de otras realidades por medio del impacto que produce en el “yo”. Entre estos elementos transformadores está la historia como elemento fundamental. Su internalización nos permitía mirar del pasado hacia el presente, y el futuro y de esa forma lograr, según Briceño-Iragorri, una coherencia en el proceso de transformación de la cultura y del yo inmerso en ella.

Para entrar en el tema de los numerosos puntos que Briceño-Iragorri trata en este período sobre la Historia de Venezuela debemos decir que revisten singular importancia la historia anecdótica y la reflexión sobre el papel de la historia en la realidad venezolana. No es su trabajo, en esta época, el del historiador en busca de fuentes e información documental que le permita interpretar de otra forma los hechos concretos de nuestra historia. Este escaso interés por el hallazgo de nuevos documentos se puede deducir del hecho de que estando en España nunca visitó el Archivo de Sevilla porque no era éste el tipo de historia que le interesaba.

Es la historia pequeña y sutil, cargada de afectos, la pequeña historia llena de anécdotas, junto con la conciencia de la historia del país trans-

crita en sus ensayos, la que va a ocupar el puesto relevante en sus libros a partir de este momento. La historia que él busca no se encuentra en los Archivos porque tiene una profunda interrelación con el presente y el futuro. Ello queda demostrado en muchas de sus obras escritas durante este período: *Primera lección a mis nietas desterradas*, *En tono de cuento ... (Elogio de la abuela para regalo de la nieta)*, *Por la cuidad hacia el mundo (Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo)*, *Pequeño anecdotario trujillano* y, por último, en *Los Riberas*.

La historia es alimento, pero también conciencia. La conciencia es el alimento del proceso histórico. Sólo el acto de hacer conciencia permite que la realidad se convierta, para Briceño-Iragorry, en algo mejor. Hace que los hombres podamos mejorar nuestro presente. En esta etapa insiste, como en ninguna otra, acerca de la necesidad de honrar a nuestros muertos. Para él, su memoria ayudaría a recordar nuestro pasado común y a recuperar el sentido de pueblo tan desvanecido en el venezolano.

La Historia de **Venezuela**

En esta época, en consonancia con todas sus afirmaciones de la importancia de la historia como un elemento clave para la definición y afirmación del ser venezolano, se dedica nuevamente a repensar algunos de los acontecimientos de nuestra historia que ya habían sido objeto de su reflexión en años anteriores. Con respecto a algunos episodios sigue teniendo la misma opinión que manifestó en su juventud y madurez, y a otros los mira desde otra óptica por lo que los interpreta de una manera distinta.

De una crítica a los elementos liberales contenidos en la Guerra de Independencia y concretamente en el pensamiento de Bolívar, nuestro Libertador se convierte en esta etapa en el símbolo aglutinador de la nacionalidad, como manifiesta Fidel Rodríguez Legendre en *Al filo de la Hora Undécima*: “Vistas las aproximaciones de Briceño-Iragorry a la figura de Bolívar, en el marco de su propuesta se clarifica la intencionalidad dirigida a indagar en la raíz y el destino del Padre de la Patria, a objeto de situar toda la riqueza contenida en su ideario y los referentes morales subyacentes en lo que fue su acción libertaria, para inscribirlos en *los valores llamados a fijar el rumbo práctico del venezolano*” (RFU.199).

Ante esto debemos recordar uno de los últimos episodios del Marqués de Casa León, su biografía histórica de 1946, en el cual nos afirma que los ideales de libertad de la Guerra de Independencia no habían alterado en nada la estructura económica injusta de la sociedad colonial, y que ellos serían sólo un disfraz o un “ropaje” del nuevo gobierno republicano posterior a la Independencia. Esas ideas de libertad habían fracasado en la Historia de Venezuela hasta los años cincuenta, pero se necesitaba que ellas volvieran a caracterizar y aglutinar al venezolano para terminar de realizar la Venezuela libre que Bolívar deseaba.

Con respecto a las Oligarquías Conservadoras y Liberales que preparan el terreno a la Guerra de la Federación, tratada esta última por él en *Vida y papeles de Urdaneta el joven*, no hay cambios sustanciales ya que se sigue considerando el poco impacto que tuvo la Guerra de la Federación en el cambio de la sociedad venezolana. Sí observamos un cambio en la interpretación de la autocracia de Antonio Guzmán Blanco, que fue muy criticada por Briceño-Iragorry en la época gomecista. Ya no advertimos dureza en el juicio de nuestro autor, cuando algunas veces lo cita; al contrario, existe incluso cierta admiración. Sin embargo, en *La Hora Undécima (Hacia una teoría de lo venezolano)* vuelve a su antigua opinión negativa de Guzmán Blanco, responsable del proceso que inició la irreligiosidad en Venezuela. Sin embargo, ya no es una figura absolutamente negativa sino contradictoria.

Pero sus opiniones más abundantes sobre la Historia de Venezuela están dedicadas fundamentalmente al período transcurrido entre 1900 y 1958. La comparación entre la dictadura de Gómez y la de Pérez Jiménez está casi siempre en la mente del autor. Esta superposición de planos hace que los fenómenos históricos que les dieron origen salgan a la luz, como sucede en esta cita acerca del caudillismo:

Pero, Castro y Gómez no promovieron movimiento alguno que se parezca a lo que hoy ocurre en nuestro país. Fueron ellos los últimos caudillos producidos por nuestro pueblo. El caudillismo fue un fenómeno explicable en nuestros países hispanoamericanos del

siglo XIX y comienzos del presente. (...) Fue, sin embargo, en el orden orgánico de la sociedad una manera primitiva de funcionar la democracia. Los caudillos locales y en especial el caudillo en torno al cual se unificaba la mayoría de ellos para estabilizar gobierno, contaban con un respaldo del pueblo. (...) Para mí, desde un punto de vista de realidad histórica, la hora del caudillismo está completamente superada. Otro es el hecho de sistemas de gobierno sostenidos o mantenidos por los cuarteles. En este caso el ejército obra como factor mecánico de fuerza. A su frente no aparecen jefes prestigiados por una conducta heroica. La hoja de servicios de los nuevos capataces está marcada por meros actos de traición (BOC, 20. 340, 1956).

Para Briceño-Iragorry, esta forma de liderazgo era fruto del atraso de las instituciones, pero no por eso dejaba de ser democrática, porque contaba con el apoyo popular. El caudillismo en el siglo XIX y los primeros treinta y cinco años del siglo XX, era justificable históricamente. Entraba dentro del orden histórico porque además contaba con la heroicidad del liderazgo. Pérez Jiménez no podía ser un caudillo porque no era un héroe, no había realizado hazañas grandiosas y se encontraba fuera de época, no podía ser justificado históricamente y, mucho menos, entrar dentro de un orden histórico. En esta interpretación del fenómeno del caudillismo no dejamos de encontrar vestigios de historia romántica al hacer uso de la idea de heroicidad tan del gusto de Briceño-Iragorry.

Nos parece que en esta interpretación histórica, en la que no dejamos de reconocer originalidad y profundidad, lo que quiere encontrar justificación dentro de un orden es la actuación de su persona, al considerar históricamente aprobado el régimen de Gómez al cual había servido y negarle toda aprobación al gobierno de Pérez Jiménez que lo había execrado. Sin embargo, a denunciar los atropellos cometidos en la época del gobierno de Juan Vicente Gómez dedica toda una novela, *Los Riberas*, que escribirá al final de este período.

En la época de Gómez existió una clase intelectual dirigente que tuvo gran responsabilidad en el establecimiento y duración del régimen de Gómez, la generación positivista. Ella tuvo como expositor

fundamental a Laureano Vallenilla Lanz, maestro de Briceño-Iragorry en la época gomecista. Sin embargo, esta figura admirada por él en la época gomecista había dejado de serlo porque había creado una teoría que justificó y justificaría históricamente la figura del dictador en la Historia de Venezuela, la que en la época de Pérez Jiménez lograría gran difusión a través de la propaganda de su hijo, Laureano Vallenilla Planchart. El pensamiento de Vallenilla Lanz y el de toda su generación propició en Venezuela la presencia de un modo de vida dictatorial que exigió, de allí en adelante, la presencia del caudillo que gobernaría sin tener en cuenta los deseos del pueblo de Venezuela.

Mucho antes de acusar al pensamiento de Vallenilla y a la generación positivista por las formas dictatoriales existentes en la mentalidad venezolana, MBI había dicho en San José de Costa Rica:

Nuestra democracia carece de bases reales, por la ausencia de costumbres y sentimientos que la hagan posible. Nuestra mentalidad está preparada, como lo hemos sentido en carne viva nosotros mismos para las formas dictatoriales. (...) Nuestra conciencia de pueblo, está formada por la sedimentación de sentimientos guerreros, propensos a considerar la autoridad como una fuerza que se impone por sí misma, y no como la resultante de un consenso cívico. No tenemos nosotros individualmente la culpa que toca a la Historia (BOC, 22. 303,1936).

Esta mentalidad creada por los positivistas justificó tanto a Gómez como a Pérez Jiménez. El primero necesario, según Briceño-Iragorry, para la época en que gobernó. No sólo descalifica la figura de Laureano Vallenilla Lanz por las razones citadas, sino todo el aporte de la generación positivista al pensamiento histórico en su libro *La Hora Undécima (Hacia una teoría de lo venezolano)*, porque esa generación, además de haber creado la teoría del Gendarme Necesario, desterró del pensamiento venezolano las prácticas católicas que lo habían caracterizado.

Si a esta opinión histórica le sumamos nosotros todo lo que Briceño-Iragorry leyó, afirmó o negó a estos personajes durante su juventud, el diálogo amable o agrio que mantuvo con ellos, estudiado en este

libro, no podemos dejar de afirmar que mucho del legado de la generación positivista venezolana se encuentra en su propia persona. Él es un hijo muy representativo de ella pero, como algunos hijos, disiente de sus padres en ciertos puntos y se empeña en negar lo que sus progenitores le dejaron.

Los gobiernos de Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, ya estudiados en esta biografía, siguen mereciendo en este último período de su vida grandes elogios de su parte. Ellos habían iniciado, para él, un desarrollo democrático que colapsó por el golpe militar del 18 de octubre de 1945. En este sentido, es muy crítico con la figura de Rómulo Betancourt y con la de Rómulo Gallegos, a los que considera en parte responsables de este proceso. Reitera el juicio crítico positivo sobre la Presidencia de Medina muchas veces en su epistolario. Pareciera en esto oponerse a la visión histórica de Betancourt, quien consideraba a este gobierno como una continuación de la dictadura gomecista.

La fecha del 18 de octubre no aparece como un hecho independiente en la Historia de Venezuela sino asociada a la similitud que tuvo ésta con la del 24 de noviembre de 1948 y el 2 de diciembre de 1952 en las que el Ejército había irrespetado las decisiones de los civiles y había demostrado su ambición de permanecer en el poder.

El golpe del 18 de octubre había desatado una guerra de ambiciones en Venezuela, comandadas por el Ejército, que irrumpirá nuevamente en la escena política el 24 de noviembre de 1948. La crítica al trienio acciondemocratista de Briceño-Iragorry sigue siendo la misma que expresara en su carta a Andrés Iduarte, anteriormente citada. Sin embargo, constantemente reflexiona acerca de su ingenuidad con respecto al juicio sobre el Ejército. Había pecado, según él, de inocencia en esa epístola: “El sentido de mi carta para Andrés Iduarte debes buscarlo más bien en mi actitud posterior. En Historia suele también explicarse el pasado por el presente. El mío es documento ingenuo de un hombre que procedió engañado y cargado de esperanzas y de posibilidades acerca del porvenir cívico de Venezuela” (BOC, 20. 53, 1954).

Debido al desarrollo en la Historia de Venezuela después del golpe del 18 de octubre de 1945, el fenómeno de la dictadura de Pérez Jiménez no había sido sorpresivo sino que era en parte una respuesta a las causas que aquella fecha desencadenó: “No creo que Pérez Jimenez sea un fenómeno sorpresivo en el proceso histórico venezolano. Pérez Jiménez es la culminación de hechos que venían fermentando desde mucho tiempo atrás” (BOC, 20. 165, 1957).

Su interpretación del 30 de noviembre de 1952, cuando el pueblo votó por Briceño-Iragorry como Presidente para una Asamblea Constituyente que llevaría al país a liberarse del mandato de las fuerzas armadas en que había caído, le merece esta interpretación: “Jamás en la Historia de Venezuela se habían producido un fraude y un atropello más insolentes. Ningún dictador tuvo el atrevimiento de burlarse en forma tan cínica de una nación. Pero mientras la fuerza militar, aliada inconscientemente con las clases oligárquicas, realizaba este monstruoso atentado, el pueblo dejaba constancia de su capacidad de discernimiento” (BOC, 11. 518, 1953).

Su juicio negativo de la dictadura de Pérez Jiménez es tan fuerte que pareciera que nada evolucionó ni creció en esta época. Como le dice su amigo Mariano Picón Salas indirectamente, él ve los hechos desde la óptica de la política y existen muchas experiencias en la vida de los pueblos que escapan a las directrices del Estado: “Creo que es también un error ver siempre la vida venezolana –no lo digo por ti– a través de las vicisitudes del Estado. Hoy, por ejemplo, hay que tomar en cuenta el desarrollo de la Nación, lo que ella está dando por si misma, aun al margen de toda coacción estatal” (PSC. 23. 197,1956).

Esta creencia en la necesidad de un Estado fuerte que centralizara las actividades de la cultura no debe ser identificada con la necesidad de Estados personalistas o militaristas que habían caracterizado a la Historia de Venezuela del siglo XIX y el XX, sino con la existencia de un Estado de Derecho, fundamentalmente civil, que garantizara el ejercicio de la libertad a todos los ciudadanos. El Estado personalista estaba justificado históricamente para él en los primeros treinta años del

siglo XX, no así de allí en adelante: “Nosotros, en nuestra lucha contra el pasado, hemos puesto empeño en destruir lo que pudo ayudarnos para el día de hoy, mientras hemos permanecido colectivamente fieles a ciertas formas disvaliosas, entre éstas el vergonzoso sentido personalista que hemos dado al Poder” (BOC,1. 248, 1957).

Por eso llega a recomendar a Pastor Oropeza que la Universidad Central de Venezuela no debe seguir graduando profesionales porque la falta de moralidad del Estado venezolano ha contaminado todas las instituciones y era preferible que los graduados viniesen del exterior:

Si faltasen mañana médicos, ingenieros, agrónomos, bien podrían importarse. En cambio, lo que no se puede importar, pese a nuestro petróleo, es la dignidad que ustedes han podido enseñar a la juventud desde sus cátedras vacías. Yo comprendo el generoso ingrediente que ustedes han añadido a los especiosos argumentos del déficit posible de profesionales. Pero insisto en creer que no habría de producirse tal déficit. Por lo que dice a abogados, bien podrían dejar de fabricarse por espacio de diez años. En lo referente a los demás, considero que cualquier falla se compensaría con la importación de buenos facultativos (BOC, 22. 153 y 154,1953).

Si el Estado venezolano no tenía rumbo tampoco la historia, considerada como el desarrollo del desenvolvimiento del Estado. La historia no podía definir entonces el permanente ontológico venezolano. Los jóvenes van a ser los responsables de conferirle un nuevo rumbo a la historia; por eso, a orientar su conducta se dedicará también en estos años de exilio: ellos serían los encargados ahora de retomar el hilo de la historia.

El joven, la universidad y la cultura

En el exilio, y con pocas esperanzas de que el pueblo venezolano dejara atrás sus viejos vicios e iniciara la senda de salvación, Briceño-Iragorry ve que el panorama oscuro cuenta con una luz que podía iniciar su recuperación. El estudiante, u hombre nuevo como él lo llama, tenía el poder de modificar el rumbo de la historia.

Sin embargo, como nos dice en *Problemas de la juventud venezolana. Temas acerca de la crisis universitaria*, esta tarea no iba a ser fácil para el joven que debía vencer una sociedad viciada, basada en antivaleores plasmados sobre todo en la importancia que se le daba al éxito material. Para esta lucha, el joven cuenta con la fuerza de su amor por la Patria y con su vocación transformadora. No debe basar nunca su lucha en la venganza y el odio porque no rescatará a Venezuela de la “anomia” en la cual se encuentra sumergida (BOC, 11. 453, 1953).

Briceño-Iragorry propone normas muy útiles para la educación de los jóvenes, para aquellos “Maestros” (con mayúscula) que se ocupan de la formación del hombre creador de nuestra historia. Hay que transformar la mentalidad con que el venezolano ha venido manejando tradicionalmente su relación con el poder. El venezolano siempre quiere mandar u ostentar ante sus semejantes los símbolos que el poder

confiere. Los jóvenes tenían que comportarse ante el poder de una manera distinta; no en la forma como lo habían hecho las generaciones precedentes en la Historia de Venezuela:

Se ha venido, consiguientemente, exaltando en la juventud la llamada vocación del poder. La Universidad, el Liceo, la Escuela primaria deberían, en cambio, fomentar la vocación de resistir el mal poder. Es necesario que el venezolano nuevo, más que preparado para mandar, sea preparado para oponerse al mandatario malo. Claro que no se trata de problema capaz de ser resuelto en un día o en un año. Es problema de raíz honda en el subsuelo concienzual de la sociedad y el cual reclama un viraje muy firme en el timón de la política (Ibid, 450).

El joven debe estar acostumbrado al diálogo, a la discusión del problema político, no al silencio. Educar jóvenes dóciles que no cuestionen la política vigente no puede ser de ningún modo una norma a seguir por el Maestro. Esto propiciaría ciudadanos que no estuvieran preparados para resolver los problemas que el Estado debía enfrentar y que eran inaplazables, como el problema social. Pero, por encima de todo, la educación debía ayudar al joven a conocerse como venezolano y a estar dispuesto a consagrar sus mejores energías a la transformación del país.

La Universidad –a juicio de MBI– era la encargada de convertir al joven en el factor dirigente o motor del proceso histórico. También será la responsable de formular los valores que dirijan la marcha de una cultura. Son centros creadores de los cánones que eran necesarios para dirigir la historia, como lo expresa también en *Mensaje sin Destino* y en *La Hora Undécima* (1956) aquí citada:

Las Universidades, como centros creadores de cultura, y los pueblos en sí mismos, como sólidas estructuras morales, edifican a través de las edades los cánones expresivos de su acción, positiva y diferencial, en el campo diverso de las actividades humanas. El movimiento incesante del progreso reclama e impone estabilidad en el eje que fija y acondiciona el giro de las venideras estructuras. Del mismo modo, el esfuerzo de los

educadores y de los estadistas necesita apoyarse sobre un grupo de ideas, de temas, de conceptos, que aseguren la continuidad fecunda del movimiento superador de la cultura (BOC, 9. 253,1956).

La Universidad es la encargada de diseñar las pautas morales más convenientes para la nación porque es allí donde trabajan los sectores más destacados de la población. Tiene que modelar la mente de los jóvenes, debe suministrarles valores precisos con los cuales puedan orientar su conducta. Aunque la función fundamental de la Universidad era fomentar en el estudiante su acercamiento a la realidad venezolana, no debía circunscribirse solamente al área de nuestro país. Debía enseñar valores universales provenientes de las fuentes de la cultura occidental, sobre todo del Cristianismo que, como tantas veces hemos dicho ya, mostraba para Briceño-Iragorrry el camino seguro de la salvación del hombre. Sin embargo, la historia de la Universidad venezolana ha estado cargada de obstáculos y no ha podido hacer realidad estas tareas fundamentales que nuestro autor pensó que eran de importantísimo cumplimiento. Esto se dificultaba aún más en la época de Pérez Jiménez, cuando la Universidad, en un principio clausurada, se convierte luego para él en una representante del oficialismo.

Según Briceño-Iragorrry, en esta Universidad no se imparte la formación humanística necesaria para lograr un ciudadano de provecho. Consideraba que sí se impartía en ella la formación técnica suficiente para los retos que entrañaba el desarrollo tecnológico. Por ello decía que: "Si el problema se plantea desde el punto de vista material, cualquiera concluye por aceptar las posibilidades en que sobreabunda nuestra Universidad para la formación de científicos y de técnicos" (Ibid).

En tal sentido diferimos de esta opinión de Briceño-Iragorrry porque pensamos que en ese momento los países de América latina, y Venezuela en concreto, no le dieron la suficiente importancia a lo que el reto tecnológico significaba. Si eso hubiera sucedido tal vez nos hubiera sido más fácil superar la crisis del subdesarrollo. La incomprensión de lo que el fenómeno tecnológico hubiera podido significar para el

futuro desarrollo de nuestros países no es exclusiva de Briceño-Iragorry sino que se encuentra en la mayoría de su generación. Este problema es tratado por mí en “La comprensión de Hispanoamérica en algunos pensadores venezolanos de la generación del centenario” (1910-1950) *Estudios de Historia Social y Económica de América. Revista de la Universidad de Alcalá de Henares*.

La técnica no formaba parte de la cultura que, para él, era un elemento ideal, moral, humanístico que no la comprendía necesariamente.

Como hemos analizado en el apartado anterior, para Mario Briceño-Iragorry las nociones de Estado, Cultura e Historia debían estar estrechamente relacionadas porque todas debían llevar el sello de los mismos valores. Era la Universidad la parte creativa de este proceso ya que a ella le correspondía formular los valores que el Estado pondría en práctica y ayudaría para que se cumpliesen. Con el transcurrir del tiempo estos valores le darían una forma o canon al desarrollo del proceso histórico que fuera acorde con la cultura donde se había venido desarrollando.

Briceño y la religión

La religión es otro soporte fundamental para Briceño-Iragorrry pues permite que la angustia que siente se convierta en creadora. Como hemos ido viendo, ha sido así casi siempre a todo lo largo de su vida, pero en este último período (tal vez debido a las circunstancias difíciles a que se encontraba sometido), sus exigencias para con los representantes de la fe se hacen más fuertes, porque muchas veces ellos claudican ante un mundo cada vez más materializado.

En este sentido, empezaremos citando el ensayo dedicado a San Ignacio de Loyola, "Vigencia Rectora de San Ignacio de Loyola" (1956), quien se enfrenta, también él, a una situación histórica difícil para la supervivencia de la Iglesia Católica. Ayudó a conservar la integridad de la Iglesia en la época de la Reforma, practicando los ejercicios espirituales y predicando la limpieza moral que transmitió a muchos hombres. Mario Briceño-Iragorrry piensa que el camino de limpieza moral propuesto por San Ignacio es muy eficaz y tiene mucho en común con las teorías psicológicas innovadoras que hablan del inconsciente. Para que la angustia interior pudiera canalizarse y convertirse en creadora se necesitaba de un método para no terminar en la locura, y nada mejor para ello que el propuesto por San Ignacio de Loyola. Sin paz

interior, todas las proposiciones expresadas en el capítulo anterior sobre la solidaridad eran muy difíciles de buscar y practicar. La introspección, propuesta por San Ignacio, podía llevar a los hombres a conseguir la paz necesaria para construir un mundo mejor donde la justicia social propuesta por el evangelio pudiera llegar a ser realidad.

El deber de los cristianos es hacer de este mundo un lugar donde se practiquen las normas de la caridad. Sin embargo, esto no ocurre porque el mundo contemporáneo tiene “El Cristo prohibido” (BOC, 9, 27, 1954). El materialismo existente le impide llevar a cabo las enseñanzas dadas por el evangelio. El mundo está entregado a la satisfacción de las necesidades materiales y económicas, y piensa muy poco en los valores del espíritu. Los representantes de la Iglesia han caído en la farsa que los hombres representan, y en nombre del Cristianismo se ejecutan los hechos más viles como, por ejemplo, el lanzamiento de la bomba atómica en Japón. La Jerarquía Católica, que debía ser ejemplo de Cristianismo puro, constantemente estaba cediendo ante los requerimientos del poder político, justificando las atrocidades que en nombre de éste se cometían.

Concretamente en Venezuela, considera que la relación demasiado estrecha entre el poder político y la Iglesia se había hecho más evidente en la época de Pérez Jiménez porque en el pasado, específicamente durante la dictadura de Juan Vicente Gómez, la Iglesia intervino a favor de los presos políticos, mientras que en esta dictadura, por lo menos antes de la lectura de la Pastoral por Monseñor Rafael Arias Blanco, Arzobispo de Caracas, el primero de Mayo de 1957 que criticaba la dictadura, la Iglesia se había mostrado muy favorable con respecto al gobierno perezjimenista. El régimen gomecista, según él, no era totalitarista, por lo que no involucró a la Iglesia dentro de sus políticas, mientras que el régimen de Pérez Jiménez sí lo había hecho.

Aplicarle el concepto totalitario a la dictadura de Gómez no corresponde con cierto tinte caudillesco que ella tuvo; pero pensar que la dictadura de Gómez no intervino en todos los aspectos de la vida del venezolano, e incluso algunas veces en el religioso, como ocurrió en el

caso de la expulsión de Monseñor Montes de Oca, comentada por el propio Briceño en alguno de sus artículos, es ver con mucha indulgencia histórica esa etapa del gobierno gomecista en la vida venezolana (BOC, 19. 439, 1945).

Mario Briceño-Iragorry no tuvo en general buena opinión de la formación del clero venezolano al señalar que existía una élite muy pequeña de sacerdotes bien formados. De esta falta de educación se quejaba frecuentemente en sus cartas en las cuales nos muestra una Iglesia corrompida por el Patronato Eclesiástico, donde la intervención del Estado era frecuente. Ella, como Institución, podía hacer poco por el pueblo venezolano porque generalmente se había identificado con las clases dominantes, con el poder y el dinero. Sin embargo, para él, estos eran defectos graves pero pasajeros, debido a los hombres que la dirigían porque, por otro lado, la Iglesia era a su juicio una realidad indestructible.

La angustia del **retorno**

Mario Briceño-Iragorry sólo pasa un mes y medio en Venezuela antes de su muerte, del 13 de abril de 1958 en que llega a Maiquetía y es recibido de manera clamorosa, hasta el 6 de junio del mismo año en que fallece en Caracas. “Su cuerpo fue velado en Capilla Ardiente en el Congreso Nacional y conducido en hombros, bajo la lluvia, por el pueblo venezolano hasta el cementerio...” (RGC.38)

Sin embargo, a pesar de su dura crítica a esa dictadura, sabía que la caída del gobierno no significaba que las fallas del sistema social, económico y político venezolano se acabarían. ¿Se nos puede permitir hablar de tiempo histórico a los venezolanos al contemplar los avances de nuestra cultura, o incluso de causalidad evolutiva? ¿O la historia retorna en nuestro país, como en las concepciones míticas, de la misma manera una y otra vez, con diferentes personajes, pero con los mismos acontecimientos? El retorno al mismo sitio donde la tragedia se había inmovilizado en el tiempo parece haber sido la sensación de este venezolano recién regresado del exilio.

Los defectos que el venezolano expresaba en su historia, tal como ya fueron tratados aquí, iban mucho más allá de la existencia de un gobernante o de un sistema político determinado. Así lo habían afirma-

do otros escritores de su generación como José Rafael Pocaterra, quien al final de su libro *Memorias de un Venezolano de la Decadencia* había escrito:

Si el ideal del mando en Venezuela es esta siniestra prolongación del desmán disciplinado, si la meta de nuestras luchas, con Gómez o fuera de Gómez, es este culipandeo de mártires o estas hinchazones de importancia que suelen desinflarse como pellejos lamentables en el cuarto de hora rabelesiano o en la intimidad de los bufetes, si la noción de la libertad es la insolencia sin objetivo en la calle y el atropello sin correctivo en la casa, la losa que aquí certifica en letra de piedra, el Benemérito General J.V. Gómez está aquí enterrado, es cosa apócrifa: que salió de nuevo al mundo, y entre los grupos que propenden a la catástrofe social, como entre las filas que propugnan por la catástrofe civil, pasa envuelto en el infame prestigio de la dictadura cuyo crimen no radica tanto en serlo como en dejar de serlo después que invirtió todos los valores y consumió y consumió tres generaciones en su complicidad o en su duplicidad (PJO. 1355).

Ambos autores tuvieron actitudes políticas a veces diferentes frente a la realidad venezolana. Estuvieron, en ocasiones, en bandos distintos. Briceño-Iragorry a favor de Gómez; Pocaterra, en un período de su vida, abiertamente en contra. Briceño-Iragorry combatió a Pérez Jiménez; Pocaterra, aunque vivió la mayor parte del tiempo de la dictadura fuera de Venezuela, no estuvo directamente involucrado con la crítica a este dictador. Sin embargo, las conclusiones de ambos son parecidas: la política en Venezuela había ayudado a mantener una forma social mucho más profunda, sustentada en una mentalidad irracional, que alababa al poder como a un fetiche.

Mario Briceño-Iragorry prolonga su búsqueda de esa problemática más profundamente en la historia, más allá de la época de Juan Vicente Gómez, al remontarse en ella hasta la época de la Colonia con su biografía histórica *Casa León y su tiempo (Aventura de un anti-héroe)*.

Incluso, esa búsqueda aguzó sus sentidos para observar en la supuesta nueva Venezuela que nació en el año de 1958 los mismos defectos sobre los cuales había reflexionado tanto. En "Muerte con presencia de

Pérez Jiménez” nos dice: “Ahijado del fecundo compadrazgo, Marcos Pérez Jiménez parece ya muerto definitivamente, si se juzga el caso por los síntomas adversos que acusa el extraordinario movimiento unitivo que ayer no más lo obligó a dejar a Venezuela. Pero, así muchos crean que Pérez Jiménez es un mero fenómeno social, de que ya se liberó definitivamente el país, una severa observación obliga a juzgar que, si bien no en el hecho físico, está, en cambio, vivo y coleando el dictador en las calles de toda Venezuela” (BOC, 18. 221, 1958).

Terminamos así esta biografía con la cita de un hombre que conoció a Venezuela como pocos y que auxiliado con una facilidad verbal pocas veces igualada en nuestro territorio, no se conformó con mostrarnos un país idealizado e inexistente, sino que intentó reflexionar seriamente sobre él. Por eso nos dejó un testimonio invaluable para todos aquellos que intentamos imaginar una Venezuela mejor.

Las obras y los autores citados se mencionan en este escrito de manera codificada, por ejemplo: (BOC,6. 199, 1921)= Briceño-Iragorry, Mario, *Obras Completas*, Volumen 6, pág.199, perteneciente al año de 1921. Cuando la fecha de publicación del artículo es pertinente se colocará al final. Cuando utilizamos la palabra *Ibid* es porque generalmente nos referimos al mismo Volumen de las *Obras Completas* o del mismo libro y en ocasiones a la misma página.

• BRICEÑO-IRAGORRY, Mario

BH= *Horas*. Caracas, Tipografía Mercantil, 1921.

BCG= Correspondencia al General Juan Vicente Gómez. (Cartas). Archivo Histórico de Miraflores, 1921, 1922, 1923, 1925, 1926, 1927, 1928, 1929, 1930, 1931, 1932, 1934, 1935.

BMT= *Memoria y Cuenta presentada por el Secretario General del Estado Trujillo (Mario Briceño-Iragorry) a la Asamblea Legislativa en sus secciones ordinarias de 1928*. Trujillo, Imprenta del Estado, 1929.

BRZ= «Respuesta a Don César Zumeta.» Archivo Histórico de Miraflores, Caracas 11-8-1932, Sección Indices, 421-D, G 26, Carpeta Nº. 11.

BDA= *Discurso de Recepción del Señor Doctor Mario Briceño-Iragorry como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Editorial Sur-América, 1932.

BEM= Expedientes en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. Costa Rica, 1936, 1937, 1938, 1940.

BMC= Correspondencia a Isaías Medina Angarita. Archivo Histórico de Miraflores, Caracas, 1942, 1943.

BMB= Correspondencia a Isaías Medina Angarita. Archivo Histórico de Miraflores, Ciudad Bolívar, 1943, 1944, 1945.

BCM= Expedientes en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores. Colombia, 1949, 1950.

BMC= *Su Presidencia del Congreso de la República y otros testimonios. (1945-1954)*. Prólogo de José Rodríguez Iturbe. Caracas, Edición Homenaje del Congreso de la República, 1985.

- BJC= *Mario Briceño-Iragorry*. Cronología por Domingo Miliani. Caracas, Edición Juvenil, La Casa de Bello, 1989.
- BOC= *Obras Completas*. Tomos I a XXIII. Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1988 a 1998.
- BIT= *Mi infancia y mi pueblo*. Trujillo, Imprenta Oficial del Estado, 1997.
- BCD= *Cartas con destino*. (*Correspondencia Inédita*). (Prólogo Elías Pino Iturrieta) (Compilación y Notas Rafael A. Rivas Dugarte). Caracas, Comisión Presidencial para el Centenario de Mario Briceño-Iragorry, 1998.
- BAC= "002. 02. 14. Sillón B. Expediente del Académico Mario Briceño-Iragorry." Caracas, Academia Nacional de la Historia.

- FEBRES, Laura

- FEU= "Mario Briceño-Iragorry: El Ensayo de La Hora Undécima". *Eidos*, Revista de la Asociación de Profesores de la Universidad Metropolitana, Caracas, 1992-1993, págs. 89-103.
- FBZ= Un debate vigente. Mario Briceño-Iragorry y César Zumeta. (1932)" *Montalbán*. No. 30, Universidad Católica Andres Bello, Caracas, 1997, págs. 65 a 74.
- FMC= *Centenario del Nacimiento del Presidente Isaías Medina Angarita. (1897-1997)* "Isaías Medina Angarita y Mario Briceño-Iragorry. Caminos y tropiezos de una amistad." Caracas, UNIMET, 1997.
- FHV= "La comprensión de Hispanoamérica en algunos pensadores venezolanos de la generación del centenario (1910-1950). *Estudios de Historia Social y Económica de América*. Revista de la Universidad de Alcalá de Henares. N° 14, enero-junio de 1997, págs. 175-194.
- FHB= *La Historia en Mario Briceño-Iragorry*. Caracas, Universidad Metropolitana, 2002.

- FERNANDEZ-SHAW, Felix

- FPC= *Panamá y sus relaciones centroamericanas*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1964.

- GONZALEZ C., Efraín

GEA= "Apuntaciones que dan relación de mis actividades ya en lo privado como en la vida pública." Caracas, 20 de septiembre de 1955.

- GRASES, Pedro

GPO= *Obras Completas*. Volumen 14. "Del club de los zoquetes y de la Sociedad Venezolana de Bibliófilos". (Notas a dos publicaciones). Barcelona, Editorial Seix Barral, 1983, págs. 77 a 94.

- GUERRERO, Luis Beltrán

GLP= *Perpetua Heredad*. Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, Ediciones del Ministerio de Educación, 1965.

- MEDINA ANGARITA, Isaías

MAB= Correspondencia a Mario Briceño-Iragorry. Archivo Histórico de Miraflores, Miraflores, 1942, 1943, 1944, 1945.

- RIVAS DUGARTE, Rafael Angel

RRM= *Mérida. La hermética*. Mérida, Gobernación del Estado Mérida, Instituto de Acción Cultural, 1997 (Compilación, Introducción y notas).

- PLAZA, Helena

PHV= «La tragedia de una amarga convicción: Historia y Política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz. (1870-1936)». Caracas, Tesis presentada para optar al título de Doctor en Historia en la Universidad Católica Andrés Bello, 1994.

- PICÓN SALAS, Mariano

PSC= Correspondencia con Mario Briceño-Iragorry. En: BRICEÑO-IRAGORRY, Mario. *Obras Completas*. Vol. 23, pags. 99-211.

- POCATERRA, José Rafael

PJO= *Obras Selectas*. Madrid-Caracas, Editorial Edime, 1956.

- POLANCO, ALCANTARA, Tomás.

PAT= *Juan Vicente Gómez. Aproximación a una biografía*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, Grijalbo, 1990.

- RODRIGUEZ LEGENDRE, Fidel.

RFU= *Al Filo de la Hora Undécima*. Caracas, Comisión Presidencial para el Centenario del Nacimiento de Mario Briceño-Iragorry, 1998.

- SISO, Carlos.

SCA= *Castro y Gómez. Importancia de la Hegemonía andina*. Caracas, editorial Arte, 1985.

- (Varios autores) RIVAS DUGARTE, Rafael Angel, GARCIA RIERA, Gladys.

RGC= "Cronología de Mario Briceño-Iragorry." Caracas, febrero, 1997.

- (Varios autores)

VAM= Centenario del nacimiento de Mario Briceño-Iragorry. en: *Montalbán*. N° 30. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1997.

- VETENCOURT, Roberto.

VRT= *Tiempo de caudillos*. Caracas, Imprenta Italgráfica, 1994, 2ª edición.

Orquídeas, turpiales y estrellas	9
Una juventud tormentosa	13
La madurez positivista	17
Tapices de historia patria	27
La madurez solidaria	35
El diplomático en Centroamérica	35
Un proyecto político: "Temas Inconclusos"	39
Los rostros de la solidaridad	43
La solidaridad política	43
La solidaridad intelectual	55
La solidaridad absoluta	57
Los liberales colombianos en peligro	61
De vuelta al mundo de las solidaridades	69
La solidaridad histórica	69
La solidaridad social y la igualdad	72
La solidaridad económica	76
La solidaridad venezolana	78
El paisaje de la angustia	83
La angustia del exilio	83
La angustia por el mundo	86
La angustia por Hispanoamérica	87
La angustia por Venezuela	89
Los defectos fundamentales del venezolano	95

La transformación de la angustia	99
La Historia de Venezuela	101
El joven, la universidad y la cultura	109
Briceño y la religión	113
La angustia del retorno	117
Bibliografía esencial	121

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca
28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres

30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño Irigorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de enero de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Mario Briceño Iragorry

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Laura Febres

Las *Obras Completas* de Mario Briceño-Iragorry, editadas por el Congreso de la República, suman 23 volúmenes. Esto indica la extensión de su contribución intelectual. Fue, sin duda, uno de los escritores más fecundos del siglo XX. Se graduó de abogado en la Universidad de los Andes; muy joven ingresó, en 1930, a la Academia Nacional de la Historia. Ensayista e historiador, fue en la indagación de nuestros anales donde Briceño-Iragorry adquirió relieve indiscutible, como autor de *Tapices de Historia Patria*, *Casa León y su tiempo*, *El Regente Heredia*, *El caballo de Ledesma*, *Aviso a los navegantes*, *Mensaje sin destino*, y tantos otros títulos.

Briceño-Iragorry vino de Trujillo a Caracas en busca de horizontes. Ingresó a la Academia Militar y, aun cuando no siguió esa carrera, allí conoció a un cadete de nombre Isaías Medina Angarita, cuya amistad se prolongaría por décadas, y se reencontrarían durante su presidencia. En 1945, el historiador era Presidente del Congreso al ocurrir el 18 de Octubre, como figura del Partido Democrático Venezolano. Fue protagonista de otra crisis, cuando en 1952 Unión Republicana Democrática ganó las elecciones, siendo desconocidas por los militares. El escritor, quien intervino activamente en la campaña al lado de Jóvito Villalba, fue expulsado del país, radicándose en Madrid hasta su regreso a Venezuela, en 1958.

Laura Febres, profesora de la Universidad Metropolitana, ha indagado la vida y la obra de Briceño-Iragorry, sus orígenes andinos, sus estudios en Mérida, su paso por la política en distintas épocas y circunstancias, su última misión diplomática como embajador en Colombia, mientras, paralelamente, analiza la obra y el pensamiento del escritor. "Un hombre que conoció a Venezuela como pocos", vale la pena conocerlo ahora de frente y de perfil, en este retrato de Laura Febres.

Simón Alberto Consalvi

ISBN 980-395-091-6



9 789803 950910

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE 